

3036

JOAQUÍN DICENTA

DANIEL

DRAMA

en cuatro actos y en prosa, original



Copyright, by Joaquín Dicenta, 1907

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

DANIEL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

DANIEL

DRAMA

en cuatro actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 7 de Marzo de 1907.



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.^o

Teléfono número 561

1907

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CESÁREA.....	SRA. GUERRERO.
IRENE.....	SRTA. SUÁREZ.
<i>mejor</i> ANITA.....	SRA. ROCA.
JOSEFINA.....	SRTA. BARCENAS.
LA GREÑUDA.....	CANCIO.
BASTIANA	SRA. SALVADOR.
DOÑA CONCHA.....	BUENO.
DOÑA SOLEDAD.....	BOFILL.
LUISA.....	
ISABEL.....	SRTA. MARTÍNEZ.
AGUSTINA.	RIQUELME.
CLARITA.....	COTERA.
DANIEL.....	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.)
PABLO.....	DÍAZ DE MENDOZA (M.)
PACORRO.....	SANTIAGO.
PEDRO.....	CODINA.
LUIS.....	SORIANO VIOSCA.
FERNANDO.....	GUERRERO.
DON EDUARDO.....	CARSÍ.
DON LUCAS.....	DÍAZ.
NEMESIO....	URQUIJO.
EL TENIENTE FERNÁN- DEZ	VARGAS.
ROQUE.....	CIRERA.
ENRIQUE.....	MEDRANO.
ANTONIO.....	JUSTE.
CARLOS.....	CAYUELA.
SOLDADO 1.º.....	GIL.
IDEM 2.º.....	ORTEGA.
UN CENTINELA....	AGUILAR.

Obreros, obreras y soldados

La escena en los talleres y dependencias de una mina.-Época actual



ACTO PRIMERO

El teatro representa una habitación en una casa de obreros. El decorado será modestísimo, de pacotilla, según costumbre en las viviendas que las Compañías mineras construyen para sus trabajadores. En el centro de la habitación una mesa cuadrada de pino. En la pared del fondo, á la derecha, un reloj de pesas; á la izquierda una alacena, y entre la alacena y el reloj una ventana con vidrieras entrecruzadas por barrillas de plomo. A la derecha dos puertas: la del primer término, supone comunicar con la de la calle; la del segundo término con una alcoba. A la izquierda otras dos puertas: la del primer término comunica con una alcoba; la del segundo con las habitaciones interiores de la casa. En todas las puertas, menos en la de entrada, primer término, habrá cortinas de lienzo rayado en blanco y azul. Las habitaciones estarán blanqueadas, sin adornos de ninguna clase en las paredes. En éstas sólo habrá algunas escarpías, de las cuales penderán chaquetones y útiles de minero. Cinco ó seis sillas de las llamadas de Vitoria se repartirán por la escena convenientemente. Al levantarse el telón aparece en escena Anita, encendiendo un candil de pie, que estará encima de la mesa. Vestirá Anita traje de percal, con modestia de obrera, pero con coquetería de mujer guapa, satisfecha de serlo. Un momento después de levantarse el telón, sonarán las cuatro en el reloj de pesas.

ESCENA PRIMERA

ANITA, PABLO y PACORRO

ANITA (Luego de encender el quinqué, cuando acaba de sonar el reloj,) ¡Hála los hombres! Darse prisa, que la hora que suena son las cuatro.

- PAB. (Dentro, segunda izquierda.) ¡Dátela tú, que estoy acabando de lavarme y aun no apartaste el café de la hornilla! Padre ya despertó.
- ANITA Por el café no haya cuidao. Estará listo antes que vosotros. ¡Ea! ¡Alzarse, gandules! ¿No me oyes, Pacorio? Valiente huésped de ha to-mao mi padre.
- PAC. (Dentro.) Ya voy, mujer, ya voy. (Bostezando estruendosamente. Sale Pablo por la segunda puerta izquierda. Será hombre de veintiocho á treinta años. Vestirá blusa obscura de lienzo, pantalón de la misma tela, alpargatas y gorra que llevará en la mano y dejará encima de la mesa.)

ESCENA II

ANITA y PABLO

- PAB. Hola, hermana.
- ANITA Buenos días sean. (Abre la alacena y saca de ella unos tazones, un azucarero, cucharas, una lata de manteca y un pan de dos libras, que se pone á partir en rebanadas anchas que deja al lado de los tazones, mientras el diálogo continúa.)
- PAB. ¿Buenos? Como todos los nuestros. (A Anita, reparando en ella.) ¡Pronto te has aviado tú! ¡Ya vestida y peinada! ¡Madrugar es! Y eso que tú no entras hasta las siete.
- ANITA Esos dos, el huésped y tu hermano, me quitaron el sueño, y como de todas maneras tenía que levantarme pronto pa aviaros el café y los almuerzos, pues abí verás tú...
- PAB. (Riendo cariñosamente.) ¡Ya, ya! Antes eras más dormilona. ¡Milagrillo seal...
- ANITA ¿Qué?
- PAB. Que no sea la falta de sueño, sino la sobra de cortejo la que te espabile. (Breve pausa durante la cual Anita sigue cortando el pan á rebanadas.) Se retarda Cesárea... Otros días nos avisa antes y con antes para que vayamos juntos á la faena, y hoy...
- ANITA (interrumpiéndole.) No tengas cuidao; no tardará. (Maliciosamente.) Pa mí que si de tí sólo

pendiese, no sería Cesárea mucho tiempo viuda.

PAB. (Pensativo.) ¿Lo crees?

ANITA. Ella es guapa y trabajaora... Lo malo pa tí y pa tós los que la requiebran, es que sólo echa cuenta de sus hijos. Amás, está un poco... (Dando vueltas sobre la sien con uno de sus dedos.) ¡Tiene unos dichos!... En el taller la llamamos la *Apóstola*... ¡Y cómo nos reímos de ella! (Riendo.)

PAB. ¡Os reís!... Eso es lo malo; que os riáis.

ANITA. ¿Pues qué vamos á hacer? ¿Llorar?

PAB. No; pensar. (Con gravedad. Su hermana le mira como sorprendida.) ¿Has llamado á Pedro? A las cinco y media ha de reunirse con su compañía, y el pueblo no está cerca.

ANITA. ¡Buenos venían anoche nuestro hermano y Pacorro! ¿Les viste?

PAB. No.

ANITA. Pues vinieron como dos zaques. Ya pasaba de la una. Yo los miraba por entre las cortinas de mi alcoba, y no pude tener la risa. ¡Vaya unos traspieses! (Riendo.) Veinte minutos tardaron en encender la luz. Borrachitos como uvas. ¡Así están ellos! Por más voces que les doy, no se mueven.

PAB. Vuelve á vocear; ni el uno ni el otro han nacido para dormir las borracheras á su gusto. (Anita se dirige hacia la alcoba de la derecha, y entra en ella.)

ESCENA III

PABLO, ANITA, PACORRO y PEDRO, dentro

ANITA. (Dentro.) ¡Vamos!... ¡Arriba! ¡Habrá que sacudiros firme! (Voceando.)

PED. (Dentro, bostezando.) ¡Ya voy! No seas peji-guera.

PAC. (Dentro.) ¡Estate quieta!... ¿No ves que tengo la mar de cosquillas?

ANITA. (Dentro.) Lo que no tienes es vergüenza.

PAC. (Dentro.) Pero tengo cosquillas; y cuando me

tocan unas manos como las tuyas, ¡escusao es decirte!

ANITA

(Dentro.) ¡Suelta! (Entra en escena y sigue hablando con los de dentro.) ¡Y arriba mientras preparo yo el café! (A Pablo.) Si sale padre y los encuentra á la bartola, va á tener que oír. No les dejes en paz, porque se duermen otra vez. (Anita mira si está todo bien dispuesto en la mesa, y se dirige hacia la izquierda.)

PAB.

¡Maldito Pacorro!... Siempre ha de ser el mismo. Mal chino le entortille los sesos. Borracho y gandulón como él no entra por la mina. (Vase Anita por la izquierda á tiempo que sale Pacorro por la alcoba y dice á Pablo.)

PAC.

¡Bueno hombre, bueno! Ya estás gruñendo, y no has hecho más que levantarte. Tienes el genio más áspero que yo hoy la lengua. (Pacorro será hombre de veinticinco años y saldrá de la alcoba en mangas de camisa, con la blusa al hombro, la gorra puesta, restregándose los ojos y bostezando ruidosamente.)

ESCENA IV

PABLO y PACORRO, al final PEDRO

PAB.

(A Pacorro.) Anda, anda y refréscate, que buena falta te hace.

PAC.

(Que se ha puesto á registrar la alacena.) De eso trato. (Saca una botella y la mira al trasluz.) Nada; ni una lágrima de aguardiente.

PAB

Bebe agua.

PAC.

¿Agua?... Bastante hago con echármela por fuera al lavarme; y me lavo poco: del mal el menos. ¡Lo que es aquí!... (Señalando el estómago.) No hay que hacer el cuerpo á malos vicios. Menúo jaleo s'armó anoche en el baile. Si hubieses estao pasas un rato de primera.

PAB.

¿Yo? (Con desdén.)

PAC.

Allí hubieses visto hombres libres. . y mujeres... libres, tú que tanto apetece que lo seamos tós: Facas, pistolones, revólveres...

¡qué sé yo! Y las mujeres peores que los hombres. Ya se sabe. En cuanto se atizan dos vasos, tienen menos vergüenza que uno. ¡Tu hermano le pegó un trompazo al Mohino!... Redió con los puños de Pedro. (Cogiendo una botella mediada de aguardiente, que habrá en el fondo de la alacena.) ¡Calla! Ya salió el sol. (Coge una media copa, la llena y se la bebe.) Este es otro cantar. (Chasqueando la lengua.) Pues como te decía... (Sale Anita por la segunda izquierda y entra por la segunda derecha.)

PAB

¿Quieres ir á lavarte? ¡Después llega uno tarde y todo son regaños!

PAC.

Eso sí; pa los regaños son rumbosos. ¡Si lo fueran pa los jornales!... Y los capataces, vamos, los obreros que por tener la mujer guapa ó la lengua aducona, hacen los amos capataces, entoavía gruñen más que los amos. No hay cosa más mala que los piojos resucitaos; ya lo dice el refrán... Ea, voy á lavarme. (Pacorro hace ademán de dejar la media copa y la botella en la alacena: luego de meditar un segundo, se dirige con ellas en la mano hacia la izquierda á tiempo que sale Pedro de la alcoba de la derecha en mangas de camisa, con pantalón encarnado de uniforme, el ros enfundado puesto y un capote con galones de sargento. También lleva al hombro el sable y correa. Calzará polainas sueltas sobre el tobillo y alpargatas de reglamento. Tendrá Pedro de veintitrés á veinticuatro años y usará bigote retorcido.)

PED.

(A Pacorro.) Contigo no hacen falta dianas. Cuando no roncas, gritas.

PAC.

(A Pablo.) ¡Pobretico Pedro! ¡No ha podido pegar los ojos!

PED.

Hombre, anoche no es cuenta. Ni á tiros me despertaba yo. (Vase Pacorro por la segunda izquierda.) ¡Vaya un estrupicio, muchacho!... Menos mal que hubo arreglo. Si no, calabozo tenía para un mes. (A Daniel.)

ESCENA V

PABLO, PEDRO y al final CESÁREA

- PAB. ¿A qué vino la riña?
PED. Culpa de los paisanos. Se toman muchas libertades. Creen que son iguales á uno. (Con aire de importancia y retorciéndose el bigote.)
- PAB. ¿No lo son?
PED. ¡Qué van á serlo!... Ya notaron la diferencia anoche. ¡Paisanitos á mí! Pregúntale al Mohino á lo que sabe el puñetazo de un sargento. ¡Iguales! Pon á todos esos mineros con sus pistolonés y sus facas frente á cuatro números y un cabo, y verás canela.
- PAB. Minero fuiste antes que soldado.
PED. Pero dejé de serlo. Ni quería sufrir esta vida, ni estar con los que cuando les dan un estacazo bajan la cabeza.
- PAB. Ahora estás con los otros, con los que cuando queremos alzar la cabeza, nos la hacen bajar á tiros.
- PED. (Confuso.) Yo... (Entra Cesárea por la primera puerta derecha, sin ser vista por los otros dos, y escucha la conversación que entre ellos sigue. Cesárea será mujer de veintiocho años y vestirá humilde traje de obrera. Llevará un hatillo en la mano.)
- PAB. ¿No es verdad? ¿No disparó la tropa anteayer contra los huelguistas?
PED. Y si nos lo mandan, ¿qué vamos á hacer? ¿Crees que los oficiales y nosotros disparamos por gusto? Pero, amigo, la disciplina... es la disciplina.
- PAB. Entonces no nos llares esclavos, tú que lo eres de quienes por servir á los amos nuestros nos fusilan cuando pretendemos ser libres.
- CES. (Avanzando de la primera derecha en la que se detuvo.) Razón llevas, Pablo.
- PAB. (Dirigiéndose á ella con afecto.) ¡Cesárea!

ESCENA VI

CESÁREA, PABLO y PEDRO

- CES. Razón llevas. Y si no ya lo ves. Sólo al pensar que los obreros de estas minas podemos secundar la huelga de los otros mineros han reconcentrado en el lugar tropa. (Sale Anita por la segunda derecha y entra por la primera izquierda.)
- PED. (Riendo.) ¡Se juntaron los dos apóstoles! Ya lo dice padre: por menos motivos hay muchos en la jaula. Al fin este es hombre y puede perder el tiempo en políticas; ¡pero tú! ¡una mujer joven y guapa! ¡Quita allá! Detrás de una reja y platicando con un mozo, es como estarías tú bien. Y más bien si el mozo fuera yo, ¡gloria santa!
- CES. Déjate de requiebros; sabes que no me gustan.
- PED. (En broma.) ¡Y menos los míos!
- CES. Los de nadie.
- PED. (Señalando á Pablo.) ¡Tanto como eso!... Digo, á no ser que éste sea nadie.
- PAB. Yo...
- PED. (A Cesárea.) Más cerca ando de cuñado tuyo que de teniente. Hasta en seguida. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA VII

CESÁREA y PABLO

- CES. Ya nos hizo novios tu hermano.
- PAB. ¡Novios!
- CES. Si no más. A su discurrir, una mujer y un hombre que simpatizan y se apartan de la gente para hablar solos, no pueden ser otra cosa que amantes.
- PAB. Cesárea...

- CES. ¿Hablo yo contigo más á gusto que con cualquiera? Tu querida soy. ¿Hablas tú conmigo más tiempo que con las demás? Por tuya me tienes ó me quieres.
- PAB. ¡Quererte!... (Con pasión.)
- CES. Así piensa tu hermano.
- PAB. (Con sinceridad.) En lo que hace á mí, no se engaña.
- CES. (Confusa.) Pablo...
- PAB. ¿A qué mentirte? En la boca de un hombre no está bien nunca la mentira. Menos lo estaría en mi boca tratándose de tí. Te quiero y te quiero para que seas mía.
- CES. Nunca me lo dijiste; nunca pensé que me lo dijeras.
- PAB. Porque nunca vino rodada la ocasión. (Con timidez respetuosa.) Porque temía disgustarte.
- CES. ¿A qué hablar de ello entonces?
- PAB. A que el corazón se me sube á los labios. A que te deseo porque eres hermosa, y te aprecio porque eres enérgica.
- CES. Yo...
- PAB. Sabes que no soy un obrero ignorante y rudo, como tampoco lo eres tú. He estudiado; he aprendido, he educado mi pensar y mis sentimientos. Si estoy en la mina, de fundador, por causa de mis ideas es. (Movimiento de interrupción en Cesárea.) No me arrepiento de ellas. Más sufriría por hacerlas triunfar. Esas ideas me obligan á mí, á un mecánico, á trabajar como bracero. (Con amarga ironía.) Y gracias que pueda vivir: gracias que no me matan de hambre. (Con rencor.)
- CES. Ó de un balazo como al otro.
- PAB. ¿A tu marido? ¡Pobre Manuel! Era un gran compañero
- CES. (Con energía.) Era un hombre que dió su vida por el bien y por la razón de los otros. En mis brazos cayó cuando lo mataron. Pedíamos pan y justicia y nos dieron balas... ¡Infames!
- PAB. ¿Infames?... Los que disparan contra nosotros, no: esos son instrumentos; ni siquiera saben por qué disparan. Los otros, los

de arriba, los que les obligan á disparar; esos son los infames.

CES. ¡Y extrañan que les tengamos odio! Soy mujer, y todo mi corazón se vuelve rabia y toda mi sangre se hace lumbre al recordar el asesinato de los obreros. ¡Ah, los canallas! ¡los canallas!... Manuel sólo tuvo tiempo de decirme: «No importa: otros hombres vendrán: hay que seguir, seguir siempre, siempre.» (Como si soñando evocara la lucha.) Dijiste bien; tampoco soy una obrera ruda; también eduqué junto á Manuel mi pensar y mis sentimientos; también es por ganar el pan de mis hijos por lo que trabajo en esta mina.

PAB. Trabajo cruel escogiste.

CES. ¿Dónde iba á ir la viuda del agitador, del revolucionario, la que predicaba y vivía con él? ¿Qué recurso me quedaba para no morirnos de hambre mis pequeños y yo? (Advirtiendo que Pablo la mira.) Es verdad. No soy fea; pero tengo demasiada alma para vender el cuerpo.

PAB. Eres buena y fuerte.

CES. A la mina acudí; á la mina, donde el trabajo es duro, donde no se pregunta á nadie de qué lugar viene, donde apenas saben el nombre del trabajador cuando entra vivo ó le sacan muerto. Aquí te encontré.

PAB. Aquí nos encontramos. Aquí supe tu desgracia y tu pena. Aquí me referiste la muerte del hombre en cuya casa te conocí modelo de mujeres y madres. Los niños y tú erais la alegría de aquella casa.

CES. ¿Alegría?... Ninguna tengo ya.

PAB. (Con tristeza.) ¡Cesárea!...

CES. Tal que si el frío de Manuel muerto se me hubiera entrado en la sangre, vivo hoy. Fuera de mis hijos, no existo más que para la venganza y el odio.

PAB. ¡El odio!... ¡La venganza! ¡Fuera tan hermoso vivir para la justicia, para la bondad!

CES. También pensaba yo eso: también le decía á Manuel que á fuerza de bondad y amor

los hombres llegarían á ser hermanos. Todo este creer vino á tierra en aquella matanza (Como evocando la escena en un sueño de odio.) ¿Sabes? Nos obligaban á vivir en casas construídas por ellos, y nos obligaban á comprar en tiendas que eran suyas también. Para aprovechar el terreno, nos regateaban el aire; para aumentar sus ganancias nos envenenaban la comida; como hacen aquí, vamos. ¿Es justo lo que hacen aquí? ¿Lo era aquello? No. Los obreros pidieron ser libres para vivir donde les agradara, para comer lo que les gustase. ¿Qué pretensión, eh? Pues les contestaron que no; y vino la huelga; y pasaron los días, y el hambre se metió en nuestras casas, y los patronos encontraron infelices que nos fueran á sustituir. Los hambrientos quisieron impedirlo; y todos, hombres, niños, mujeres, viejos, llegamos á las fábricas. No llevábamos armas; llevábamos hambre y dolor. Los otros, los contratados, quisieron entrar, protegidos por tropa. Nosotros nos pusimos delante de las puertas para que no entrasen. Entonces, no sé quién, una voz gritó «¡Fuego!»; sonó algo así como un trueno; una nube de humo cubrió el aire y cayeron hombres, mujeres, viejos, niños. Manuel cayó con ellos. Yo le sostuve entre mis brazos. Una mujer y un niño agonizaban junto á mí. Entonces, entre aquella sangre, junto á Manuel muerto; frente á la madre y niño que agonizaban espantosamente, la mujer dulce que en mí había desapareció; la venganza y el odio echaron raíces en mi alma. Sólo de venganzas y de odios viviré hasta que la justicia triunfe. ¿Y tú vienes á pedirme querer de amor?

PAB
CES.

Sí.

No. Yo debo querer á todos los míos por igual y consagrarme á la causa de ellos, completa, sin robarles tanto así de mi voluntad y de mi energía. Hay que seguir siempre, ¡siempre!... Estas palabras son el testa-

mento de Manuel. Eso dijo al morir. Eso haré.

PAB. ¡Sí; seguir siempre! ¿Crees que flaqueo? ¿Crees que valgo menos que él? ¿Crees que, como él, no arrostraría el martirio y la muerte por defender á mis hermanos? Somos ya muchos los obreros conscientes resueltos á que la verdad triunfe. Ellos no lo ven; no lo quieren ver. Están ciegos. Puede que cuando abran los ojos, sea tarde para el abrazo.

CES. También el odio abraza. Y para odiar á á nuestros enemigos, la mina es un gran libro. ¡Pobres gentes las de la mina! Más que humanas criaturas, son bestias. ¡Bestias! ¡No importa! Día llegará en que el hambre arañe los estómagos y en que los hambrientos se cuenten. Cuando se cuenten serán libres. Por que sean libres lucharé aquí como en todas partes. ¿Que los mineros me llaman la apóstola y se burlan de mí? Nada le hace. ¿Que los amos me despiden? A otro sitio iré. Hay que seguir siempre. ¡Siempre! (Con actitud de convencida y de iluminada.)

PAB. Siempre seguiré yo. (Acercándose á Cesárea con amor.) Pero déjame seguir contigo. ¿Nos ha reunido la casualidad? Prosigamos juntos la lucha.

CES. Juntos si la suerte nos hace estarlo: separados si ella nos separa. ¿Qué más da?

PAB. Pueden llegar y llegarán horas de prueba. En tales horas el hombre necesita, para no ser cobarde, el cariño de la mujer; la mujer, para no ser débil, el cariño del hombre.

CES. Yo no soy débil y estoy sola.

PAB. ¿Por qué no nos hemos de unir? ¿Por qué no no has de ser tú mía y yo tuyo? (Con temor y pasión.) ¿Es que no te inspiro simpatías como hombre?

CES. No es eso, no. También yo soy franca; tampoco sé ni quiero mentir. Ningún hombre, después de Manuel, ha valido para mí lo que tú.

- PAB. Entonces...
- CES. Entonces... (Con energía.) Me debo á mis hijos y á la memoria del que murió.
- PAB. ¿Tus hijos? ¿No me juzgas capaz de quererlos? ¿El que murió? ¿En qué ofendes, en qué ofenderías su memoria queriéndome? Él ha muerto; nosotros vivimos. La vida no se para en los cementerios.
- CES. Pablo... (Confusa.)
- PAB. No se ofende queriéndote como yo te quiero; compañera en todo y para todo. Desde tu llegada á la mina, te me entraste en el corazón. Quizá el pensar los dos lo mismo, el desear los dos lo mismo para todos los nuestros, me ha hecho desearte para mí. No sé... sólo sé que la vida no es sólo justicia, es amor. Quiero la justicia, pero necesito el amor también; el mirar de tus ojos y la dicha de sujetarte entre mis brazos. (Pablo ha ido avanzando hacia Cesárea: ésta retrocede entre avergonzada y confusa.)
- CES. Cállate, Pablo, cállate.
- PAB. ¿Es que no sientes como yo? ¿Es que tus ojos me engañan al mirarme? No los bajes; mírame como hace un segundo y responde. ¿Es que no me quieres? ¡Dime que sí, Cesárea! ¡Dimelo! ¡Y si no quiere decírmelo tu boca, que me lo digan estos hermosísimos ojos tuyos! (Pablo casi toca á Cesárea que muestra en su actitud profunda emoción. Cuando termina de hablar, coge Pablo entre las suyas las manos de Cesárea. Hay una breve pausa que los actores interpretarán según su inspiración. Por fin Cesárea se desase de Pablo, reponiéndose por un esfuerzo violento de su voluntad.)
- CES. No, Pablo. Aun sintiendo todo lo que dices, no debo ser tuya.
- PAB. ¿No?
- CES. ¡Ser de otro! ¡Tener á otro hombre estos brazos que han tenido á Manuel ensangrentado, muerto, muerto por defender la felicidad de nuestros hermanos! ¡Dar otro padre á los hijos del mártir!... No, Pablo; déjame; sigamos siendo lo que somos.

- PAB. (Con amargura.) Hasta que otro hombre llegue y seas de ese hombre.
- CES. (Con grandeza.) ¿Cómo voy á ser de otro hombre, cuando no me atrevo á ser tuya?
- PAB. ¡Cesárea!... (Con pasión y esperanza. Momentos antes entran por la segunda puerta izquierda Pacorro y Pedro, ya vestidos completamente.)
- PAC. (Alto á Pedro, por Cesárea y Pablo.) ¿Eh?... ¡Miá los apóstoles! No es mal evangelio el que predicán.
- CES. (Bajo á Pablo.) ¿Oyes? Igual que éste hablarían todos.
- PAB. (Con arrogancia.) ¿Y qué?
- CES. Que muchas veces para ganar en estimación, hay que perder en dicha.

ESCENA VIII

CESÁREA, PABLO, PEDRO, PACORRO y al final ANITA

- PAB. (Con dureza á Pacorro.) No creo que te importe mucho nuestra conversación.
- PAC. ¿A ver si por una broma te enfurruñas?
- PED. Después de todo, ¿qué? Si os gustáis, al avío. Así como así la mujer y el hombre no hemos nació pa otra cosa. (A Cesárea.) Tú serás todo lo apóstola que quieras, pero tienes dos ojos que echan fuego y un cuerpo de ole con ole y viva usté. Como no andase aquel galán por medio, pa este sargentito eras tú. (Viendo que Cesárea hace un gesto desdenoso.) No pongas mala cara, broma es. (Entra Anita por la segunda derecha con una cafetera en la mano.)
- PAC. (Acercándose á Anita.) Ojalá me dieran bromas á mí con esta real moza. ¡Ay, Anita! (Anita le rechaza de un empujón.)

ESCENA IX

CESÁREA, ANITA, PABLO, PEDRO y PACORRO

- ANITA (Riendo.) ¡Anda de ahí! Vete á buscar mozas al baile.
- PAC. ¿Mozas? No había una.
- PED. ¿Eh?
- PAC. Mujeres no faltaban y no me hubiera sólo difícil arreglarme con ellas. Pero es mal negocio. Beben mucho.
- CES. Vaya un defecto para ti.
- PAC. El mayor. No me gusta partir el vino. El pan, bueno. Es mi idea: el pan como hermanos; el vino como tigres. Cuando me case, sólo habrá en mi domicilio un borracho: yo.
- ANITA Apañaos veníais anoche.
- PED. En algo hay que pasar el rato.
- PAC. ¡A ver! Si después de trabajar como un negro seis días, no pudiera uno emborracharse un día como un blanco, sería cosa de echarse al horno de la fundición, pa concluir antes y con antes. Hay que divertirse. ¿No se pué hacer á lo rico, bebiendo buenos vinos y llevándose mujerés bien vestías? Se hace á lo pobre, bebiendo peleón y abrazando zaparrastrosas. ¡Ay, quién fuera don Luis, el hijo de nuestro amo! Guapo, joven y con dinero. ¡Ese ya tié ande escoger!
- PED. ¡Calcula!... En la mina hay doscientas obreras... (Anita, que ha seguido el diálogo con la cafetera apoyada en la mesa, después de servir el azúcar, al oír el nombre de Luis, hace un movimiento y procura disimular su turbación, sirviendo el café en los tazones.)
- PA.
- CES. ¡A ver! (A Cesárea.) Y no es á tí á la que peor mira.
Los mirares pierde. Bastante hago con darle mi trabajo. ¡Si pensarán todas como yo! (Con intención disimulada y acercándose á Anita.) Pero muchas no piensan. Porque el hijo del

patrono es guapo y buen mozo, y las puede obsequiar, se dejan pretender. Después, cuando el hombre se cansa, la moza á la calle y otra al puesto. Tonta es quien les escucha... ¿No es verdad, Anita?

ANITA

(Bajando los ojos y disimulando.) Verdá será cuando tú lo dices. (Mirando hacia la segunda izquierda.) Padre. (Entra Daniel por la segunda puerta izquierda. Será hombre de cincuenta y cinco años, maltratado por los trabajos de la mina, pero aun robusto y musculoso. La piel estará, no curtida, tostada por el fuego de los hornos de la fundición, con ese color rojizo, propio al cutis de los fundidores. Los párpados de sus ojos estarán también enrojecidos, como abrasados por la llama. Vestirá blusa y pantalones de lienzo obscuro. Tendrá el pelo blanco, cerrándose sobre una frente estrecha y terca.)

ESCENA X.

DICHOS y DANIEL

DAN.

Dios nos los dé buenos. (A Cesárea.) Siempre madrugas más que naide. ¿Y los chicos?

CES.

Durmiendo. Al cuidado de la vecina.

DAN.

Tiempo les quea pa levantarse trempano y agarrarse al espetón ó al pico. ¡Hala! sentarse y á tomar el café, que son las cuatro y media, y de aquí á la mina hay un rato.

(Daniel coge una silla y se sienta junto á la mesa, delante de una de las tazas. Los demás hacen lo mismo, incluso Anita, que ha terminado de servir el café. Sólo Cesárea permanece en pie.)

PAB.

¿No nos acompañas, Cesárea?

CES.

Gracias. Lo hice ya.

DAN.

(A Cesárea.) A tu gusto. (A Anita.) Has cargao la mano en la manteca. (Mojando una sopa en el tazón.) Bien hiciste. Cuando se puen echar lujos se echan. La quincena pasá, fué superior. A más de los jornales, horas extraordinarias, que se pagan doble. Más se trabaja, pero, qué demonio, más se cobra. Si fuera

- así toas las quincenas, no deberíamos en la tienda tanto.
- CES. No será esta lo mismo.
- DAN. (Sorprendido.) ¿No?
- PAB. Parece que, desde hoy, rebajan los jornales.
- DAN. (sorprendido.) ¿Rebajar los jornales? ¿Y por qué? No hay motivo. Eso serán cuentos.
- PAC. Algo oí yo anoche en el baile. Me parece... vamos, lo hablaban junto á mí dos ó tres mineros. Yō los escuchaba, pero otros dos ó tres me convidaron á unos vasos, y me largué con ellos.
- PED. Y con la Irene.
- ANITA (Que ha concluído de tomar el café.) ¡Valiente piltrafa!
- PAC. Cuando hay hambre tó el pan es blando.
- ANITA (Levantándose.) Voy á empaquetar los almuerzos. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XI

DICHOS, menos ANITA

- DAN. (Pensativo.) ¡Rebajar los jornales!
- PED. Anita á arreglar los almuerzos; yo al pueblo. La cosa anda revuelta en las otras minas y quizá tengamos que reforzar la gente. Ayer hubo tiros. Por el teniente Fernández lo supe. ¡Es un mozo más campechano! Lo que le decía al teniente Gómiz: «Sentiré que nos toque andar en el ajo. Preferiría quedarme mudo á mandar hacer fuego». Una gran persona el teniente Fernández. Pues, sí: hubo tiros... ¡Claro! Se empeñan en no dejar que trabajen los que vienen á sustituirlos, en hacer el bruto, y nosotros á lo que estamos; á mantener el orden.
- CES. ¡El orden!... ¡Qué sabes tú, infeliz!
- PED. Más infelices sois vosotros que os agarráis como unas lapas á la mina. Mira si la dejé yo pronto. ¿El atillo? Carguen con él las bestias. Yo nó llevo cargas.
- PAB. Al hombro llevas el fusil.

PED. ¡No va diferencial! Cierto que algún trompis me costó aprender el ejercicio; pero como sabía de letra, me hicieron cabo y después sargento. A la presente vengan penas. Ni me faltan mozas que requebrar, ni una peseta en el bolsillo, ni tres galones en la bocamanga. ¡Vaya la mina al diablo! (Apretándose el cinturón.) Quedarse con Dios. Padre, hasta más ver. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XII

DICHOS menos PEDRO

DAN. ¡Qué majo está con su uniforme! ¡Y qué bien marchao es! Gozo da mirarle. Acaba de irse y ya estoy deseando que vuelva.

PAB. (Bajo á Cesárea.) Acaso cuando le volvamos á ver sea frente á nosotros.

CES. ACASO. (Mientras dura este aparte, Daniel saca la petaca y lía y enciende un cigarro. Pacorro se aparta á un extremo de la mesa, saca de entre la blusa la botella de aguardiente y la media copa y la llena y la apura, operación que repite tres ó cuatro veces durante el diálogo que sigue.)

DAN. (A Cesárea.) ¿Oiste que iban á rebajar los jornales?

CES. Sí, señor; lo mismo que en las otras minas.
PAB. Que miren lo que hacen. Lo que pasa en las otras minas pasará en esta.

PAC. (Apurando la copa.) ¡Olé!... ¡Viva la huelga!

DAN. ¿La huelga? ¡Valiente burrá está la huelga!...

PAB. ¡Padre!...

DAN. ¿Qué sucée en las otras minas? Que están muertos de hambre, y con la tropa fusil en mano por si se desmandan. ¿Qué nos pasó á nosotros en la huelga de hace seis años? Que tuvimos que volver á la mina con las orejas gachas. Tu madre reventó; tu hermanillo, como el pecho de la madre por morde de la necesidá no escurría leche, también reventó. Entonces no estabas en la mina.

Aun no te había dao por las prédicas, y te ganabas un jornal de mecánico. ¡La huelga! Dos muertos, y la panza al trote; eso saqué yo de la huelga.

PAC. Porque hubo traidores. (Llenándose la copa.)

DAN. Porque no había pan. Pero, ¿de veras van á rebajar los jornales? Con los de ahora mal que bien se tira. Si los rebajan lo vamos á pasar perramente.

PAB. ¿Usted se aguantaría?

DAN. ¿Qué remedio? Mejor es agonizar que morir. ¡Rebajar los jornales! (A Cesárea.) ¿A quién se lo has oído tú?

CES. A una capataza.

PAB. A un empleado del escritorio se lo oí yo anoche en el café.

PAC. Yo á dos curdas del baile, y á la Irene, que por más señas, también estaba curda.

DAN. ¡Rebajar los jornales! No; no lo harán.

CES. Lo harán. Lo han hecho con los obreros de las otras minas, y nosotros en vez de ayudarles, les dejamos defenderse solos. Ven que no hay unión y se aprovechan.

DAN. ¿Ayudarles? ¿Pa qué?

PAB. Para ser más fuertes.

PAC. Y pa mover más ruido.

DAN. Pa ser más á sufrir y á recibir leña. Dejarse de ayuas. Ca uno con su carga. Cuando no tengo caldo en la olla, ningún minero me lo trae. Mi olla cuida yo. Que los demás cuiden la suya.

CES. Y por eso, porque cada uno cuida su olla, sin pensar en la ajena, hacen con nosotros lo que hacen.

PAC. (Riendo.) Ya salió la apóstola.

DAN. Que se deje en el bolsillo los sermones. Es de nuestro pan de lo que se trata, y al estómago no se alimenta con retrónicas; se le alimenta con esto. (Cogiendo un pedazo de pan y golpeando con él en la mesa.) Esto, si bajan los jornales, andará por las nubes... ¡Dios de Dios! ¡Rebajar los jornales! Polvo haría á á quien lo pensó.

PAB. ¿Usted? ¿Y cuando se trata de pelear por los

derechos del trabajador se encoge usted de hombros?

DAN. Porque tó eso son mogigangas, pamplinas, viento que sus han metido en el caletre. Dende que andais en estos belenes, marchamos peor. ¿Qué os habéis figurao? ¿Que vais á componer el mundo?... Siempre hubo pobres y hubo ricos. Siempre los habrá. Los más trabajamos pa los menos. Así está hecho el mundo, y no lo desharéis la apóstola y tú con descursos. A vosotros sí os desharán cualquier día los sesos. (A Cesárea.) Tú podías escarmentar, porque tuviste el ejemplo, cerca, en tu propio marío.

CES. ¡Si todos fueran como aquél!

DAN. Paparruchas, creémelo. Pa trabajar nacimos. Trabajó mi padre y el padre de mi padre, y trabajo yo y trabajais vosotros, y trabajarán vuestros hijos; y los amos seguirán siendo amos, que esa es la ley. Yo de la razón no me aparto. En la mina nació y en la mina quiero morirme. Y vamos, que cuando estoy frente del horno, con la barra en la mano, revolviendo la pasta y echando por cá pelo una gota de suor como el puño, no me cambiaría por naide. Me gusta pelear con el fuego, y el día que no me tueste la piel, no aliento ancho. Si me cambiasen de horno ó de mina, me parecería que yo ya no era yo. Hace cuarenta años, ¡cuarenta que tengo el mismo amo y el mismo horno!... ¡Ahora que de eso á rebajar los jornales!... Sería demasiao.

PAB. Nunca para usted. Usted cree que el amo tiene derecho á todo.

DAN. Mientras pague...

PAB. Eso es; mientras pague, á todo, incluso á golpearnos y á esclavizarnos y á deshonrarnos si le viene en gusto, ¿verdad? (Con indignación.)

DAN. Poco á poco, rapaz. De esclavitud y deshonra no hablamos. No nos entenderíamos. 'Tú llamas cosas de honra y de esclavitud á un porción de cosas que me han tenío sin cui-

dao siempre. Tocante á los golpes, entoavía no ha tocao denguno este cuerpo ó el vuestro sin llevarse su merecío. ¿Pero qué tienen que ver la honra y la esclavitud y los puñetazos con lo que hablamos hoy? Hoy hablamos del pan que va á escasearnos como rebajen los jornales. Ahí tiés lo que me importa á mí.

PAB. Si usted lo aguanta, no todos seremos como usted. Haremos lo que tenga que hacerse.

DAN. ¿La huelga, eh?

CES. ¿Por qué no?

DAN. La huelga, pa que reventemos como tu hermanillo y tu madre.

CES. Dos cachos de usted que cayeron, sin que quien los mató se llevara su merecido.

DAN. Porque los mató el hambre, y el hambre no es una persona.

PAB. Los que nos llevan al hambre lo son.

DAN. ¿Vuelves á las tuyas? Como te va tan bien con ellas, pues echar plantas. De mecánico pasaste á fundior; puede que de fundior pases á pobre de pedir. Ascender es; ¿verdá, tú, Pacorro? (Pacorro llena la copa.) ¿Qué haces?

PAC Aquí con la botella, mientras se pelean ustedes. Yo no sé de dotrinas, pero como me quiten los perros que nesecito pa el aguardiente, voy á la huelga. ¡Anda si voy! ¡Qué á la huelga!... ¡A la revolución social!

DAN. (Riendo; á Pacorro) ¡Poca lacha! (A Pablo.) Por tu bien lo hablo. Y basta de plática y á la mina, que están al caer las cinco. ¡Anita! (Llamando.)

ANITA (Dentro.) ¿Qué?

DAN. ¿Está eso aviao?

ANITA En seguida. (Dentro.)

(Daniel se levanta, descuelga de un clavo una chaqueta y una gorra ó sombrero ancho y se los pone; luego coge de un rincón, en el que habrá tres hatillos, uno de estos, y se pone á arreglarlo. Pablo y Pacorro hacen lo mismo que Daniel. Pacorro antes de hacerlo apura la copa. Pablo se aproxima con su hatillo á primer término donde está Cesárea.)

CES. (A Pablo, bajo.) ¿Irás por el bien de todos donde sea preciso?

- PAB. Iré.
DAN. (Por un hatillo.) Listo.
PAC. ¡Upa! (Cogiendo el hatillo y echándoselo al hombro, lo mismo que Pablo y Daniel.)
ANITA Aquí están los almuerzos. (Ana ha entrado por la segunda puerta izquierda con tres medias botellas de vino y tres paquetes envueltos en periódicos, que irá entregando á paquete y media botella á cada uno de los tres hombres, los cuales los guardarán en los bolsillos de sus chaquetones.)
DAN. (Por los paquetes.) Guardarlos y al avío. ¿Estamos?
PAB. Sí.
DAN. Pues andando. A la mina. A trabajar.
(Los tres hombres se dirigen hacia la puerta primera de la derecha en fila, uno detrás de otro lentamente, con los hatillos cargados á la espalda y las cabezas bajas.)
PAC. (Mirando por las vidrieras al salir.) ¡Qué oscuro está y que frío debe hacer en la calle!
DAN. En la fundición hay luz y lumbre. Al trabajo. (Salen todos en la forma indicada. Facorro el último. Antes de salir se detiene, coje la botella, la escurre en la copa y apura ésta. Cesárea, que le sigue, vuelve desde la puerta y se dirige hacia la ventana donde está Anita mirando á la calle.)

ESCENA XIII

CESÁREA y ANITA

- CES. (A Anita cariñosamente.) Anita haces mal.
ANITA ¿Yo, en qué?
CES. En dar oídos á don Luis.
ANITA ¿Qué dices? (Aparentando sorpresa y procurando disimular su turbación.)
CES. Que ese hombre, el hijo del amo de la mina, sólo á la desgracia te puede llevar con sus requebrares.
ANITA No te entiendo.
CES. Piénsalo bien. Ojalá lleguen con tiempo mis palabras. Yo te quiero mucho. (Con afectuosa

seriedad.) Vale más ser compañera de un obrero pobre, que querida de un amo rico. Adiós. (Cesárea sale por la primera puerta derecha y Anita queda con la cabeza baja vuelta de espaldas á la ventana. Breve pausa, durante la cual el reloj de pared da cinco campanadas.)

ESCENA XIV

ANITA, luego LUIS, PACORRO, DANIEL, y obreros dentro, como en la calle

(Se escuchan en la calle golpes como de quien llama á las puertas. Estos golpes serán intermitentes, espaciados y lentos, precediendo siempre á la voz que rezuene en la calle. También y de tiempo en tiempo se oirán sonar las cinco en varios relojes una vez en cada uno y más ó menos distintas sin gradación fija; algo que dé al público la idea del despertar del barrio obrero que marcha al trabajo. Las voces sonarán cada vez más distantes y más apagadas, lo mismo que los golpes.)

DAN (En la calle.) ¡Antonio!... ¡Las cinco! ¡A trabajar! (Se oye ruido de pasos que se alejan. Anita abre la ventana y mira por ella.)

ANITA Ya doblaron la esquina.

PAC. (Dentro.) ¡Julián! ¡A trabajar! (Más lejos, como si golpease otra ventana ó puerta. Anita se ha retirado de la ventana y queda á la izquierda vuelta de espaldas á aquella como pensativa. Por la ventana entra Luis que será hombre de veinticinco años vestido á lo señor.)

LUIS (Bajo.) ¡Qué pesados!...

ANITA (Volviéndose.) ¡Luis! (Confusa.)

LUIS Creí que no iban á irse nunca. (Dirigiéndose hacia Anita y reparando en la confusión de ésta.)
¿Qué tienes?

UNA VOZ (Dentro. Muy lejana, mientras suenan las cinco también muy lejanas en un reloj.) ¡La hora! ¡A trabajar!

OTRA VOZ (Más lejana aún.) ¡A trabajar!

ANITA (A Luis.) ¿Oyes? (Con angustia.)

LUIS

(Con indiferencia.) Lo de todos los días. (Con sensual apasionamiento, y rodeando con sus brazos el talle de Anita.) Vamos. Ven acá. ¡No me niegues esa cara, mujer! (Mientras va cayendo el telón se oyen dentro cinco campanadas de torre, lejanas; y muy lejanas también, voces de ¡A trabajar! ¡A trabajar!...—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Decoración á todo foro. El primer término lo ocuparán un patinillo encaperuzado con zinc. En este patinillo y distribuidos con desorden habrá montones de mineral plomo en bruto. A la derecha del patinillo, que dejará por delante un espacio de escenario libre, una puerta grande de dos hojas; otra de igual forma y disposición á la izquierda. Estarán abiertas hacia dentro las dos. La puerta de la derecha supone comunicar con el taller donde las mujeres trabajan. La de la izquierda con otras dependencias que conducen al exterior.

El segundo término no tendrá puerta, será á todo espacio y estará constituido por la fundición. En el fondo de este segundo término, y á derecha é izquierda también, se verán los hornos fundidores encendidos y en plena coción de mineral.

Estos hornos serán cuadrados, anchos, de ladrillo, con grandes bocas á las que sirven de portezuelas anchas placas de hierro. Las placas estarán unas abiertas y otras cerradas, al comenzar la escena, en los diversos hornos.

En la parte baja de los hornos se verá el boquete desahogadero por donde se hacen las sangrias.

Desde el fondo, y perdiéndose en el ángulo de él, dos vías estrechas que avanzan sobre el patinillo. Por una de las vías se deslizarán de tiempo en tiempo vagonetes llenas de lingotes y empujadas por mujeres; por la otra vía, vagonetas cargadas de mineral en bruto, que van empujadas por mujeres también. Estas vías pueden estar pintadas sobre el suelo.

Procúrese dar al público la impresión exacta de una fundición en tarea; el espectáculo de uno de esos infiernos mineros donde los trabajadores se asfixian y se tuestan durante largas horas.

Al dar principio la representación, la fundición estará, como se ha dicho, trabajando,

Obreros en camiseta, remangados hasta los hombros y ciñendo á la cintura largos delantales de cuero que bajan desde sus pechos hasta muy cerca de sus pies, revolverán en los hornos con largas y puntiagudas barras de acero, el mineral ardiente. Cuando sus cuerpos se acercan á las bocas de los hornos, han de aparecer como incendiados, rojos al reflejo brutal de la llama. Cuando los hornos se aticen, los obreros no aparecerán ya rojos, sino negros, completamente negros como hechos carbón y sombríamente recortados sobre el rojo blanco que descubre la boca abierta de los hornos. Pacorro faenará en un depósito hundiendo en él el cucharón montado sobre un pie de piedra y colgándose del cucharón para levantarlo y volcarlo sobre las lingoteras que habrá junto al depósito.

Las lingoteras vacías son conducidas al depósito por muchachos de trece á catorce años.

Cuando los fundidores hagan las sengrías, abrirán con sus barras los boquetes desahogaderos por los cuales sale el mineral como un río de llamas en cuyas entonaciones predominará el color rojo.

Estos riachuelos se deslizarán por los canalillos hasta caer en los depósitos.

Del taller donde se supone que trabajan las obreras, sale un rumor sordo, como de enjambre.

En el horno primero de la derecha, trabajará Daniel ayudado por otro obrero y revolviendo con su barra el mineral en fusión. Otro en el horno de la izquierda donde trabaja Pablo.

Cesárea é Irene empujan una de las vagonetas que atraviesan la escena. La Greñuda y una obrera, otra.

Irene será una muchacha de diez y ocho á diez y nueve años, despeinada, sucia, pero bonita en medio de su desaliño. Llevará la falda recogida y remangados los brazos, lo mismo que Cesárea y las otras. La Greñuda es una vieja que haciendo honor á su mote, lleva el blanco y sucio pelo á greñas que le caen encima de la frente y á lo largo de las mejillas. Su vestido será un harapo; su cara acusará la ferocidad y la embriaguez.

En el patinillo, vistiendo elegantes trajes de mañana, alegres, limpios y contrastando con la pobreza de que el trabajo llena á los obreros, aparecerán momentos después de alzarse el telón: Doña Concha mujer de cincuenta años, doña Soledad de la misma edad y porte que su amiga Pepita, don Lucas de sesenta años, don Eduardo, de cincuenta y cinco años, don Fernando, dos señoras y dos caballeros. Nemesio gorra en mano, precederá al grupo.

ESCENA PRIMERA

CESÁREA, IRENE, LA GREÑUDA, JOSEFINA, DOÑA CONCHA, DOÑA SOLEDAD, UNA OBRERA, ISABEL, LUISA, TRABAJADORAS, DANIEL, PABLO, PACORRO, DON EDUARDO, DON LUCAS, FERNANDO, NEMESIO, CARLOS, ENRIQUE y TRABAJADORES. Cesárea é Irene avanzan desde el fondo, empujando una vagoneta por la vía de la derecha; por la de la izquierda avanzarán en sentido inverso, empujando otra vagoneta, la Greñuda y una obrera. Nemesio, gorra en mano, aparece en la puerta de la izquierda

NEM. (A las obreras de las vagonetas.) ¡Eh, vosotras! ¡Alto, que van á entrar! (Como hablando con los de adentro, desde la puerta de la izquierda.) Pasen ustedes. (Cesárea é Irene detienen su vagoneta, lo mismo que la Greñuda y la obrera primera. En todos los hornos hay un movimiento de curiosidad, una suspensión momentánea de la faena para mirar á los que vienen. Luego continúa el trabajo.)

CES. (Mirando á la izquierda.) Visita.
IRENE (Lo mismo.) Son el amo, su mujer y el ingeniero y esos señores acionistas de Barcelona y de Madrid. (Entra por la izquierda doña Concha, doña Soledad, Josefina, Isabel; Luisa, don Lucas, don Eduardo, Fernando, Carlos y Enrique. Nemesio les cede el paso.)

JOS. ¡Precioso, precioso!
GREÑ. (Con voz aguardentosa á la obrera que va con ella.) ¡Echa perifollos! (Por las señoras.) No se han puesto pocos faralares pa venir á la fundición... ¡Ni que fuera el Corpus!

OBRERA ¿Y ellos? ¡Qué majos! Da gusto ver hombres así...

GREÑ. Ropa, chica, ropa. En cuanto se la quitan son igual que los nuestros.

IRENE ¿Igual? Peores. Poco deben dar estos de sí.

CAR. (A Enrique aparte.) No están mal esas dos obreras. (Por Cesárea é Irene.)

ENR. (A Carlos aparte también.) No están mal, no, previa enjabonadura.

NEM. (A Cesárea é Irene, Greñuda y la obrera.) Sigán las

vagonetas. (Cesárea, la Greñuda é Irene ponen en marcha las vagonetas. Cesárea é Irene hacia la puerta de la izquierda, por la que salen. La Greñuda y la obrera hacia el fondo, donde desaparecen.)

ESCENA II

DICHOS menos CESÁREA, IRENE, LA GREÑUDA y OBRERA

- LUC. (A los visitantes.) Ya vieron ustedes la mina. Ahora la fundición y los talleres.
- SOL. ¡Ay, don Lucas, no me recuerde usted la mina! En un año no me sale el susto del cuerpo. Creí que se desplomaba el ascensor y que nos hacíamos tortilla.
- EDU. (Riendo.) No hoy cuidado. (A Fernando.) Está muy seguro, ¿verdad?
- FERN. Sí. Hay orden de que los cables se reconozcan á diario. En diez años solo una vez...
- LUC. (Interrumpiéndole con viveza.) Y fué en un ascensor de los que utilizan los obreros. En este no ocurre nunca nada.
- JOS. ¡Estoy contentísima! He pasado un gran rato. Creía soñar mientras bajaba por aquel boquete sin fin.
- ISABEL ¡Qué tipos hacíamos con los impermeables y los sombrerotes aquellos! (A los Caballeros.) ¡Y ustedes con las vestimentas de mineros! ¡Parecían bandidos! (Riendo.)
- CAR. (Lo mismo.) ¡Ya, ya! (Los visitantes han formado grupos. En unos estarán Carlos, Enrique, Isabel y Luisa. En otro don Eduardo, don Lucas y Fernando; en el último doña Soledad y doña Concha. Josefina va y viene de un grupo á otro, charlando con todos.)
- JOS. Aquella negrura... Aquel caer sin saber á dónde... Los resplandores que salían de vez en cuando por huecos imprevistos...
- LUC. Los pisos de la mina eran esos huecos.
- JOS. Bocas de infierno se me antojaron. Lo repito, precioso. El mismo golpear del agua

sobre la cubierta del ascensor, era un encanto más. Pues ¿y abajo, en el fondo? Aquellos hombres, aquellas sombras, mejor dicho, que iban y venían á la claridad de los candeleros. Parecían gusanitos de luz.

ISABEL (A Luisa, Carlos y Enrique.) ¡Qué poética es! (Eurlándose.)

CAR. Su padre tiene fábrica de tejidos. Cuando se envuelve en pellas de algodón la poesía es soportable.

JOS. ¿Verdad que es un espectáculo muy bello? (A las Señoritas y Caballeros.)

LUISA Debían sacar cintas para los cinematógrafos de Madrid. ¡Cómo se divertiría la gente!

CON. Sin duda.

JOS. Los obreros cantan mientras trabajan. Son muy bonitos sus cantares. Oyéndolos imaginé que estaba en una función de teatro.

FERN. Función penosa, llena de peligros para los actores, señorita. Ganan su vida muy rudamente los mineros.

ISABEL ¿Sí?

LUC. Hay que contar con que los mineros son también gente ruda y no sirven para otra cosa.

EDU. Si no comiesen de la mina, ¿de qué iban á comer? Claro que uno de nosotros no lo resistiría... ¡Ellos!... Cada cual para lo que nace en el mundo.

LUC. Aunque trabajan mucho no lo pasan mal. Los domingos toman su desquite en la taberna, en el baile, en el café cantante. Se divierten más que nosotros. Solo que estos ingenieros siempre están con el trabajador. (Golpeando afectuosamente el hombro de Fernando.)

FERN. Es natural. Allá abajo, ingenieros y trabajadores somos uno cuando llega la hora del peligro.

JOS. No me cansaré de repetirlo. La visita se me ha hecho un soplo; hubiese estado horas y horas allí. (Poco antes salen por el fondo empujando una vagoneta, la Greñuda y una Obrera, que llegan cerca de Josefina cuando ésta pronuncia las últimas palabras.)

ESCENA III

DICHOS, la GREÑUDA y una OBRERA; luego CESAREA é IRENE

- GREÑ. (A la Obrera, por Josefina.) ¡Lástima y no te tuviesen un día entero con el pico en la mano para que vieras lo que es bueno, ¡espantajo! (Siguen su camino y desaparecen por la izquierda.)
- SOL. ¿Y Luis, su hijo de usted? Nos ha abandonado. (A don Lucas.)
- CON. ¿Nuestro hijo? Estará durmiendo aún; le gusta poco madrugar.
- LUC. Si ustedes gustan, daremos un vistazo á los hornos y á los depósitos.
- EDU. A sus órdenes. (Todos los visitantes, precedidos por don Lucas y el ingeniero, se dirigen hacia los hornos á tiempo que salen por la izquierda, empujando una vagoneta, Irene y Cesárea.)
- LUC. Por aquí. (Dirigiéndose con los visitantes al horno donde trabajan Daniel y el Obrero 1.^o) En estos hornos es donde el mineral se depura y se funde. (Los visitantes se detienen frente al horno en que Daniel trabaja.)
- PAC. (A Pablo, al cual se habrá acercado momentos antes.) Con una hembra así era yo el rey de España. (Por Josefina.) ¡Qué olor más rico ha dejao al pasar! Ni que estuviese amasá con flores. (Irene y Cesárea estarán junto á Pacorro y Pablo.)
- IRENE (A Pacorro.) ¿Te gustan las señoritingas? Pues hijo, límpiate, que buena falta te hace.
- PAC. ¡Adiós, ampo de nieve!
- IRENE Así me toman cuando me quiero dar.
- CES. (A Pablo.) ¿Sabes lo de allá?
- PAB. Sí, Antonio me lo ha dicho cuando llegamos al trabajo. (Con tristeza.) ¡Tres heridos!
- CES. (Con rencorosa amargura.) ¡De los nuestros! ¡Siempre de los nuestros!
- IRENE (A Cesárea.) Anda tú, que llegan las otras al CRUCE. (Señalando al fondo por el cual entran la Greñuda y Obrera 1.^a empujando la vagoneta. Las dos vagonetas se cruzan y desaparecen con sus conductoras por el fondo y por la izquierda respectivamente.)

ESCENA IV

DICHOS menos CESÁREA, IRENE, GREÑUDA y OBRERA 1.^a

- EDU. (Retirándose del horno, al que los visitantes se habrán aproximado durante el diálogo anterior.) ¡Qué calor! ¡Es irresistible! (Los demás visitantes se apartan del horno también.)
- LUC. ¿Irresistible? ¡Bah! Todo es acostumbrarse. (Poniendo afectuosamente la mano á Daniel sobre el hombro.) ¿No es cierto, Daniel?
- DAN. Sí, señor, tóo es acostumbrarse. Ya ve ustedé nosotros.
- LUC. (A los visitantes; enseñándoles á Daniel como se enseña un bicho en las ferias.) El fundidor más antiguo de nuestra mina. Un obrero excelente. Cincuenta y siete años. Desde los dieciséis encima de la llama.
- FERN. (Por Daniel, afectuosamente.) Con este no pueden el fuego y el arsénico.
- DAN. Hasta la presente, no, don Fernando; pero más pronto ó más tarde, á tós nos concluye.
- SOL. (A doña Concha.) ¿De manera que aquí dentro hay arsénico? (En el horno.)
- CON. Eso dicen. Yo no entiendo jota. Allá los hombres. Sé por mi esposo que las acciones suben y no pregunto más.
- ENR. ¿Y dónde está el arsénico? No se ve.
- FERN. (Señalando la boca del horno.) Ahí dentro. Esas llamitas verdes que andan como sueltas sobre la pasta roja, son arsénico.
- LUISA ¡Arsénico!
- LUC. Sí.
- ISABEL ¿Y esto mata? ¡Quién iba á pensarlo! ¡Con unos colores tan bonitos!
- FERN. Pues mata. Pregúnteselo usted á los obreros que lo respiran en la boca del horno.
- LUC. No tanto. (A Daniel.) ¿Verdad que el arsénico no mata, Daniel?
- DAN. Yo estoy vivo. Claro que no tóos tién mi resistencia. (Con sencillez.) Pero, vamos,

aquí el arsénico va poco á poco, le deja á uno ir tirando. En las cámaras condensadoras ya varía. Allí los emplomaos se cuentan por docenas.

JOS. ¿Los emplomados?

SOL. ¿Eso qué es?

DAN. El arsénico que se les mete en la carne á los hombres y los deja convertíos en saca corchos. Gajes del oficio, señora.

LUC. (Con precipitación.) Vamos hacia otro horno para que vean ustedes la sangría. (Los visitantes, precedidos por don Lucas, se dirigen hacia el horno donde trabajan Pablo y otro obrero.)

ISABEL (A la Luisa, por Pablo.) Lo que es ese obrero no está emplomado. Es guapo, pero guapo de veras.

LUISA ¡Puede que te guste!

ISABEL Quita el puede.

LUC ¿Pablo?

PAB Mande usted.

LUC. Haz una sangría para que la vean estos señores. (A Pacorro.) Tú, ve preparando unas barritas. (A los visitantes.) Quiero que las lleven ustedes en recuerdo de esta excursión.

PAB. (Al obrero.) Anda tú. (El obrero que trabaja con Pablo abre el boquete del desahogadero. Pablo escarba en él con la barra de acero y sale un chorro de colores vivos, un verdadero arco iris de llamas, un río de luz que cae á lo largo del horno y se dirige camino del depósito por los canalillos, mientras Pacorro saca plomo del depósito con el espetón y lo va vaciando en moldes pequeños. Procúrese dar gran visualidad escénica á este momento.)

LUC. (Con vanidad de amo.) ¿Eh? Miren ustedes. Me parece que la mina tiene también sus miasmas de arte. ¿Qué tal la sangría? Desafío á todos los joyeros del orbe á que presenten en sus escaparates unas luces así.

JOS. ¡Hermoso! ¡Hermoso! Es el arco iris, puesto al alcance de la mano. Dan ganas de cogerlo. (Avanzando.)

PAB. Cuidado. Quema. (Al obrero.) Ea, tapa ya.

(Entra Luis por la izquierda y se dirige al grupo formado por los visitantes.)

ESCENA V

DICHOS y LUIS; al final, GREÑUDA y OBRERA 1.^a

- LUIS Perdónenme ustedes. Llego tarde. Dirán y con razón que soy un mal huésped.
- Jos. ¡Se le pegaron á usted las sábanas!
- LUIS Bien castigado estoy. Mi pereza me ha retrasado en ver á ustedes.
- Jos. No es la compañía nuestra lo que se ha perdido. Es nuestra visita á los pozos. Bien es cierto que estará usted harto de visitarlos.
- LUIS No lo crea. ¿A qué voy á bajar yo allí? ¿A romperme los sesos?
- Jos. He quedado maravillada. De buena gana haría la excursión otra vez.
- LUIS Por mí no quede. Una cosa es que no me seduzca bajar á la mina solo y otra que lo haga con ustedes, no una vez, doscientas.
- ISABEL ¡Qué galantel
- LUIS No es galantería. Y si ustedes quieren... (A Josefina.) Si quiere usted, les ofrezco una comida allá abajo, en el fondo. Una comida iluminada con antorchas.
- Jos. ¡Aceptadol ¡Aceptadol! (Palmoteando.)
- CAR. (Bajo á Enrique.) Ésta señorita tiene por cabeza una devanadera. ¡Otro viaje á la mina!
- ¡Valiente programa!
- SOL. ¡Qué ocurrencias tiene este Luis!
- Jos. La de ahora es admirable. ¿Y cuándo va á ser?
- LUIS Cuando usted disponga.
- EDU. Tiempo hay en dos meses que hemos de estar aquí.
- LUC. (A Luis.) Ya que llegaste, enseña los talleres á nuestros amigos. (A Fernando.) Tenemos que hablar, don Fernando, y cuanto antes mejor.
- LUIS (A los visitantes.) A sus órdenes.
- PAC. Si quieren ver las barras...

- JOS. Sí, sí... (Todos se acercan al depósito en que trabaja Pacorro.)
- LUC. (A don Eduardo.) Cuestión del negocio.
- EDU. Los negocios no deben descuidarse nunca. Vayan ustedes, vayan. (Se une al grupo de visitantes.)
- LUC. (A Fernando.) Es de la rebaja de jornales de lo que hemos de hablar.
- FERN. ¿Insiste usted?
- LUC. No soy yo, son mis compañeros, los amos de las otras minas, quienes me imponen la rebaja; y ello ha de ser hoy mismo. (A los otros.) Hasta después.
- LUIS (A su padre.) ¿Nos reuniremos en el jardín?
- LUC. Indudablemente. (Sale por la izquierda con Fernando á tiempo que aparecen por el fondo empujando una vagoneta la Greñuda y la Obrera 1.^a)
- LUIS (A los visitantes.) Por aquí nosotros. (Luis y los visitantes se disponen á cruzar desde el horno de la izquierda á la puerta de la derecha, donde están los talleres.)
- GREÑ. (A la Obrera 1.^a) ¿Entoavía están aquí esas muñecas empolvás?... Ahora verás tú... (La Greñuda empuja con fuerza la vagoneta á tiempo que van á atravesar la vía Isabel y Luisa. Luis, que ve el avance, retira á las señoritas del rail. Ellas retroceden asustadas.)
- LUIS ¡Cuidado!
- LUISA ¡Ay!
- ISABEL ¡Jesús!
- LUIS ¿No ves que están pasando?
- GREÑ. (Hipócritamente.) Se escapó la vagoneta, señorito.
- CON. Ustedes perdonen. Son unos salvajes. (Salen por la derecha Josefina y demás visitantes.)
- GREÑ. (A la Obrera 1.^a) Lástima de mandao. A las piernas tiraba.
- OBR. 1.^a ¡Tíes una sangre!
- GREÑ. Por verlas á toas uncias á la vagoneta, daba lo que me quea de vivir.
- OBR. 1.^a ¡Eso es ser invidiosa!
- GREÑ. Eso es llevar cincuenta años haciendo de mula. Tira pa alante ya. (Salen por la izquierda Greñuda y Obrera 1.^a)

ESCENA VI

DANIEL, PABLO, PACORRO, OBRERAS, OBREROS; luego CESÁREA
é IRENE

PAC. (A Pablo.) ¡Camará lo que tardan en dar las diez! O mi estómago alanta, ó en la mina atrasan los relojes pa que dure más el trabajo. Luego el olor de esas señoritas, me han puesto los dientes de á cuarta. De mo y manera que necesito morder algo.

PAB. Muerde el cucharon que está calentito.

DAN. (Al Obrero 1.º) ¡Vivo! que está en su punto. (Sacando su reloj y mirándolo.) Cinco minutos antes de las diez. (Con satisfacción.) No hay horno como el mío. Un conómetro es pa fundir. (Golpeando el horno con la barra.) Los lingotes que salen de éste se diferencian de los otros tal que la plata del carbón.

OBR. 1.º ¡Cuánto quiés al horno! (Riendo.) Ni que fuese de tu familia.

DAN. Motivos tengo pa quererle. Empezamos á cocernos juntos. (Secándose con la mano el sudor de la frente.) ¡Uf! Estoy cansao. (A Pablo.) ¿Cómo anda lo tuyo, hijo?

PAB. Acabando.

IRENE (Dentro, cantando.)

Ni por plata ni por oro
se han de llevar mi querer.
El que mi querer se lleve
minero tiene que ser.

PAC. Eso sí, como cantar, canta bien la Irene. Vale más una copla suya que tos los berríos del cantante. (Aparecen por el fondo Irene y Cesárea empujando la vagoneta.)

IRENE (A Cesárea.) Muertecitos llevo los brazos.

PAC (A Irene.) Bendita sea tu garganta. ¡Lástima que estés un poco ronca! (Señalando el plomo que sube en la cuchara.) ¿Quiés una cucharaita pa aclararte el garguero?

IRENE

Anda y regálasela á las monas enjaezás que te comías con los ojos. (Suena dentro una campana. Al oirla todos los obreros sueltan sus herramientas precipitadamente como quien se desprende de una carga enojosa. Los trabajadores abandonan hornos y picas, los muchachos sus esportillas, los espetoneros se apartan de los hornos, Pacorro suelta su cucharón que tiene ya casi fuera del depósito y lo deja caer en él otra vez.)

PAC.

¡Arza y que te vuelque el amo! .. ¡A almorzar! (Dirigiéndose en busca de Pablo.)

DAN.

(Al Obrero 1.º que va á soltar la barra.) Espera, nombre, espera. Porque sean las diez no hemos de hacer las cosas mal. Tapa justo el boquete.

OBR. 1.º

Bien está pa el hambre que tengo. ¡Que lo tape mejor quien quiera!

DAN.

Yo lo taparé, descastao.

OBR. 1.º

¿Es mío el horno?... ¡Entonces!... Cuando lo sea cambiaré de bisiesto. (El Obrero 1.º deja la barra apoyada contra el horno y se dirige hacia el patinillo. Daniel queda arreglando el desahogadero con escrupulosidad paternal. Como se dijo antes, al sonar la campana los obreros sueltan sus herramientas y se dirigen hacia el patinillo llevando en la mano sus almuerzos puestos en periódicos ó tarteras y las botellas ó medias botellas de vino. De los talleres que están á la derecha salen las mujeres corriendo unas, riendo otras, otras cantando. Todas con sus almuerzos y sus botellas en la mano también. Algunas se reúnen con sus hombres; otras forman grupos, distribuyéndose desde el patinillo hasta el fondo de la fundición, tomando asiento en el suelo ó sobre los montones de miueral. Con las obreras viene Anita que se reúne á Pacorro y á Pablo. Por la izquierda vienen la Greñuda y las Obreras 1.ª y 2.ª que se unen á Irene formando grupo aparte. También sale del taller un poco después y sin confundirse con las otras obreras, Bastiana, mujer de veinticinco años, guapa, bien trajeada y dándose aires de importancia. Llevará en la mano una cestita muy elegante y se sentará lejos de las otras, teniendo cuidado de escoger el sitio más limpio. Cesárea se sentará sola en primer término. Procúrese dar á esta escena, como á todas las anteriores, grandes caracteres de vida

y de realidad. Es el medio, el vivir de los trabajadores lo que hay que meter plásticamente en el alma del público, para que éste se impresione, se compenetre con ese vivir y lo esté viviendo á la par de los personajes. Sólo así podrá llegar esta obra al objeto que su autor se propone. Es, por consiguiente, en este drama, el Director de escena un colaborador principalísimo é imprescindible.)

ESCENA VII

CESÁREA, IRENE, ANITA, GREÑUDA, BASTIANA, OBRERAS 1.^a y 2.^a, DANIEL, PABLO PACORRO OBREROS 1.^o y 2.^o Obreros y Obreras

- BAS. (A Irene que pasa rozándola para reunirse con las Obreras 1.^a y 2.^a) Ten cuidado, mujer, que manchas. (Con altanería.)
- IRENE (Con desgarró.) ¡Perdone usía!... (Reúnese con la Greñuda y las Obreras 1.^a y 2.^a)
- GREÑ. (Bajo á las otras, señalando á Bastiana.) ¡Pues no ha echao pocos humos Bastiana dende que su marío es capataz y capataza ella!... ¡Ni que fuese el ama de la mina!
- IRENE (Idem.) El ama de la mano izquierda ya lo es. ¿Si no cómo iba á ser capataz el bruto de Nemesio?
- ANITA (A Daniel.) ¡Padre! ¿No viene usted?
- DAN. En seguía. Estoy concluyendo. (Todos los obreros sacan de los periódicos ó tarteras almuerzos miserables que dén idea del vivir precario que llevan en las minas los trabajadores á jornal.)
- GREÑ. (A sus compañeras de grupo.) ¿Eh? ¡Mía qué almuerzo el mío! Un cacho de pan más duro que el plomo, y un tomate. (Enseñándolo.) Luego queréis que no aborrezca á tóos esos hartos de jamón. Como los cogiese entre mis uñas ande no hubiera Guardia civil, les sacaba el pellejo á túrdigas.
- PAC. (Que se acerca al grupo comiendo.) Cuidiao que eres tú mala, vieja. Debías pensar que la muerte está ya rondándote y que el cielo se abre sólo á los buenos.

- IRENE (Con alegría.) Déjalos con su dinero, agüela, que también tién que rascar. Al fin y á la postre nosotras tamién mos divertimos.
- GREÑ. ¡Nosotras!... Vosotras, vosotras las jóvenes que aún tenéis mineros pa que os hagan la ruela y os convién y os lleven al baile y os jaleen el hato. Vosotras tenéis un padre ó un hermano ó un hombre, ó un chiquillo... ¡algo que os llama y que os alegra!... ¡Yo!... Mi juventú, ¡anda con Dios! Mi marío cerró el ojo ya. Los hijos... me los mató un desprendimiento. El aguardiente es mi recurso y gano pocas perras pa beber el que nesecito. (A Pacorro.) ¡Güena!... ¡güena!... Cuando se han cumplió los sesenta y se está pobre y fea y hay que agarrarse á una vagoneta pa vivir y á un cacho de pan duro pa afilar las encías, no se pué ser güena, muchachas.
- CES. Razón llevas, Greñuda.
- OBR.^a 1.^a (A la Greñuda, ofreciéndole una botella.) Arza, bebe un trago.
- GREÑ. (Bebiendo.) Salú.
- DAN. (Acercándose donde están Anita y Pablo con el Obreiro 1.^o) ¿Veis como quea tiempo pa to? (Sentándose con ellos. Pablo se separa de su familia y se dirige con el paquete del almuerzo en la mano al sitio donde está Cesárea, que aún no ha destapado su tartera.)
- PAB. (Aparte á Cesárea.) Hoy tenemos que almorzar juntos. ¿Quieres?
- CES. ¿Por qué no? Siéntate.
- PAB. Aquí no.
- CES. Pues...
- PAB. En la explanada nos aguardan Macario, Antonia, Enrique... Los compañeros y compañeras que tienen más influencia con los trabajadores. La rebaja de jornales está decidida y hay que resolver inmediatamente. Es preciso que vengas tú para resolver con nosotros, tú, que eres el alma de las mujeres de la mina.
- CES. VAMOS. (Levantándose. Salen por el espacio libre que deja el patinillo por la izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS menos PABLO y CESÁREA, después JOSEFINA, DOÑA CONCHA, DOÑA SOLEDAD, ISABEL, LUISA, LUIS, DON EDUARDO, CARLOS y ENRIQUE

- BAS. Mirar la apóstola cómo se las naja solita con Pablo.
- IRENE A na malo irá. Es la única mujer de la mina que pué irse sola con un hombre sin que la mormuren.
- BAS. ¿La única? (Con mal gesto.)
- GREÑ. Sí, señor. Y no hay que hablar de ella. Ya sabes que toas la queremos. (Entran en escena por la derecha, doña Soledad, doña Concha, Josefina, Isabel, Luisa, Luis, don Eduardo, Carlos y Enrique.)
- LUIS Saldremos por la espalda de la fundición para llegar antes al jardín. La mesa está bajo los tilos.
- JOS. Será un almuerzo delicioso.
- CON. Un almuerzo de pueblo, debe usted decir. No esperen filigranas. Aquí no caben improvisaciones. Carne, pescado, pollos, jamón en dulce y paren ustedes de contar.
- IRENE ¿Oís? (Bajo á los Obreros.)
- LUIS De los vinos respondo yo. (A los Caballeros.) Marcas de primera, señores.
- PAC. (Bajo al grupo en que está.) Bien podían mentar eso del vino en otra parte. ¡Qué ganas de mortificarle á uno!
- LUIS (Acercándose á Josefina.) He puesto mi cubierto junto al de usted. ¿Quiere perdonarme?
- JOS. (Con coquetería.) ¿Perdonar? No se perdona lo que agrada.
- LUIS Gracias.
- CON. ¿Andando?
- LUIS En seguida. (Alto á las Obreras.) ¡A ver una! (Tres ó cuatro Obreras, entre las cuales está Anita, se adelantan á la voz de Luis. Anita llega junto á éste, que ha avanzado también, primero que ninguna.)
- ANITA Mande usted.

- LUIS Vé al despacho y dile á mi padre que ya vamos hacia el jardín; que no se retrase.
- ANITA (Bajo) ¿Por qué te acercas tanto á esa señorita? (Celosa.)
- LUIS ¿Por qué? (Sorprendido.) ¿Vas á venirme ahora con historias? (Desdeñoso y altivo.) ¡Pues tendría gracia!... Anda. (Anita se dirige á la izquierda, por donde sale. Doña Concha y doña Soledad, Josefina, Isabel, Luisa, don Eduardo, Carlos y Enrique, precedidos de Luis, se dirigen hacia el fondo por el cual desaparecen.)

ESCENA IX

IRENE, GREÑUDA, BASTIANA y OBRERAS 1.^a y 2.^a, DANIEL, PACORRO, OBREROS 1.^o y 2.^o, Obreros y Obreras

- IRENE (A Pacorro, que sigue con los ojos encendidos y la boca abierta á las Señoritas que se van.) Anda, hombre, avíate en un santiamén. Te pones el futraque y te vas á almorzar con las señoritas. Anda, que te están esperando y puén perder el apetito si no las acompañas.
- PAC Pué que te enfaes porque mire yo á otra mujer. Chica, si fuese yo á enfaarme por cá hombre que has mirao y remirao en este mundo, me entraría la rabia.
- IRENE A naide más que á uno miro hace dos quinzenas.
- OBR.^a 1.^a A ver si te has enamorao con veras de Pacorro. (Riendo.)
- IRENE Si me hubiera enamorao, ¿qué?
- BAS. ¡Que tendría gracia! (Con mofa.)
- IRENE ¿Y por qué tendría gracia, señora... capataza?
- BAS. Porque nadie te cree capaz de ello. Ya se sabe: uno cá ocho días. Mejor llevas tú el alta y baja de los trabajaores de la mina que la aministración.
- IRENE Pues ahí tiés tú; ya he tirao el lápiz y no quiero más que á éste en la lista.
- PAC. (Contoneándose con vanidad burlona.) ¿Eh? Pa que veais lo que vale un güen mozo.

DAN. (Riendo.) ¡Presume, Pacorro! (Se acerca al grupo.)

BAS. (Con desprecio.) Y lo puede hacer. Si esta se ha fijao en él, no lo ha hecho al tun tun. Ha tenío ande comparar.

IRENE Oiga usté, doña... limpia. Yo hago y he hecho con mi persona lo que me ha dao la rial gana. Mía es mi persona y á naide ofendo; ni á mis padres, porque pudren tierra, ni á mis hijos, porque no los tengo. De mó y manera que pata. No toas podrán decir lo mismo.

OBR.^a 1.^a Irene, cállate.

GREÑ. Déjala que hable, chica.

BAS. (A Irene.) ¿Y soy yo la que no pueo decir lo mismo? ¡Só... escoria!

IRENE Perdone usté, plata fundía. No sé lo que podrá usté decir ó lo que no podrá usté decir. Sé que cuando he puesto mis ojos en un hombre, minero ha sío él y querer por querer le he dao; y si él ha pagao unas copas con los dineros de su jornal, con los del jornal mío he pagao otras yo. Yo seré... lo que sea, por gusto, porque me sale así de adentro. En cambio otras, se compinchan con sus maríos pa hacer cucamonas á un amo viejó y pa que el viejo haga capataz al marío y capataza á la mujer. De mó que yo, con lo que hago, me doy y otras, con lo que hacen, se venden. ¿Se ha enterao usté ya, güena moza, ó se lo canto más clarito?

BAS. ¿Dices eso de mí, mala lengua, embustera? Yo haré que te echen de la u'ina. (Los Obreros han ido acercándose poco á poco y forman corro en torno de Bastiana é Irene.)

IRENE Por echá me tengo. Como que eres la influencia mejor pa el amo. Anda, que tus fatiguillas te cuesta. (A los Obreros.) ¡Porque miá que don Lucas! ¿Eh, compañeros? ¡Vaya un pollo! (Los Obreros y las Obreras se ríen)

BAS. ¡Pingajo!

IRENE Eso eras tú, un pingajo, un pingajito hace cuatro meses. Sólo que el amo te pone ahora los faralares limpios... y á tu marío se los pone también.

- PAC. ¡Ole! ¡Ole!
- BAS. (Avanzando hacia Irene.) Y yo te voy á poner la geta encarná.
- IRENE (Avanzando hacia Bastiana.) ¡A mí!
- OBR.^a 1.^a ¡Vamos, no venirse á las manos! (Las Obreras 1.^a y 2.^a tratan de detenerlas.)
- IRENE Suelta, chica y verás lo güeno.
- GREÑ. Sí, soltarlas. Que se zurren si ese es su gusto. (Las Obreras sueltan á Bastiana y á Irene, que se dirigen la una hacia la otra.)
- PAC. ¡Ande el movimiento! ¡Dos duros por mi gallo!
- IRENE (Cogiendo del pelo á Bastiana.) ¡Toma pa horquillas! (Bastiana é Irene se cogen y forcejean á tiempo que entran Cesárea y Pablo por la derecha del espacio que deja libre el patinillo.)
- OBR.^a 2.^a ¡No, no, separadlas!
- GREÑ. ¡Así, Irene! ¡Al pelo! ¡Duro con el pelo!
- CES. ¡Qué es esto! ¿Y vosotras dejais que se peguen? (Se pone entre las dos mujeres y las separa.) ¡Ayúdame, Pablo! (Entre Pablo y Cesarea separan á Irene y á Bastiana. Bastiana queda con el pelo suelto y llorando de rabia. Irene se arregla el suyo cõtemplando á Bastiana con aire de triunfo y mirando con orgullo á Pacorro.)
- PAB. ¡Ea, se concluyó!

ESCENA X

DICHOS y NEMESIO

- PAC. (A Irene.) ¡Guapo, Irenilla... le has clavao el espolón en mitá de la cresta!
- NEM. (Entra por la izquierda y se fija en Bastiana, que llora.) ¿Cómo? ¿Lloras tú? ¿Qué te pasa?
- BAS. Que esta pícara me ha pegao y ha dicho que si tu y que si yo... (Llorando.)
- GREÑ. ¡Y llora!... Eso no es una minera... ¡Es un crío! ¡A la cuna! ¡á la cuna con él!
- CES. Sed lo que sois, mujeres, y no fieras, que es lo que parecís.
- NEM. (Que se ha acercado á Bastiana.) ¿Con que sí?...

¿Conque esta mala sangre?... ¡Ahora verás tú! (Avanzando hacia Irene en son de amenaza.)

PAC. (Interponiéndose, á Nemesio.) ¡Cuidiao! Por muy capataz que seas, Nemesio, en cuanto la toques, te salto un ojo.

DAN. (Interponiéndose también, á Nemesio.) Mal harías pegándola. De igual á igual han peleao. Ley de los mineros es respetar esas peleas. Si tu mujer ha perdido, que se aguante, Nemesio.

CES. (A Bastiana.) Venga usted, véngase conmigo. Esto ya pasó. En el taller puede usted arreglarse. Véngase conmigo, Bastiana. (Bastiana y Cesárea salen por la derecha.)

ESCENA XI

DICHOS, menos CESÁREA y BASTIANA

NEM. Bueno; allá las mujeres. (Aparte á Pacorro.) Pero lo que has dicho tú, hay que probarlo.

PAC. Luego. Cuando salgamos del trabajo, y nadie nos estorbe

NEM. Conformes. Será luego. (Después de una breve pausa durante la cual Nemesio y Pacorro se miran desafiándose con los ojos.) ¡A ver Daniel, Pablo, Roque, Antonio, los jefes de tarea, á las oficinas conmigo! Os llaman.

DAN. ¿Y pa qué?

NEM. En la oficina os lo dirán.

PAB. VAMOS. (Salen por la izquierda Daniel, Pablo, Nemesio y los Obreros 1.º y 2.º)

ESCENA XII

GREÑUDA, IRENE, OBRERAS 1.ª y 2.ª y PACORRO, OBREROS y OBRERAS al final CESÁREA

OBR.ª 1.ª (A Irene.) Bien hiciste en zurrarla. Hace cuatro meses era vagonetera como tú y como yo, y el marío arrancaba plomo en la mina. Hoy todo es presumir y farolear.

- GREÑ. Al farol de ella le ha roto esta los vidrios.
(Por Irene.)
- PAC. Y al de Nemesio no va á quedarle ni tan siquiera la armazón.
- IRENE (Con cierta tristeza noble.) No. Tú y Nemesio, no. Yo no soy quién pa que un hombre se juege los reaños por mí.
- PAC. ¡Tú ties la sal por arrobas, y sacúes firme, y bebes tamién firme y pagas lo que bebes tú y lo que bebo yo! ¡Ya, ves si hay motivos pa que saque por tí la cara! Aparte de que poco ó mucho, y dure lo que dure, algo hay entre nosotros. No voy á dejar que te amenace dengún hombre.
- IRENE (Con gratitud.) ¡Pacorrol
- PAC. No te apures. No llegará la sangre al río. Tres ó cuatro capones, los morros hinchaos, y después á tomarnos tóos unas copas. Vamos, tóos no. Bastiana se queará en casa. Porque, ¿qué iba á decir don Lucas?
- OBR.^a 2.^a Tenéis vosotros una lengua...
- GREÑ. Es mentira ¿ó vas á defenderla tú? Niña, ¿tiras tamién pa... capataza?
- OBR.^a 2.^a ¿Qué dices?
- GREÑ. Lo que podría ser.
- PAC. Greñúa, tiés un frasco de arsénico en el alma. Cállate. (A Obrera 1.^a) Y tú no la hagas caso.
- OBR.^a 2.^a Yo...
- PAC. (Cogiendo una botella y mirándola al trasluz.) A tó esto se acabó el vino.
- IRENE Aquí está mi botella. Con la bronca se ha quedao virgen. (Alargando su botella á Pacorro.)
- PAC. No pueo consentir que haga aquí un mal papel. Trae, serrana. (Bebe; dándole la botella á La Greñuda.) Bebe, tú, Greñúa. (Viendo que ésta empina largo la botella.) ¡So! (Quitándosela y pasando á Irene la botella.) Eres una colambre, agüela.

ESCENA XIII

DICHOS y CESÁREA

- CES. Ya está más conforme. (A Irene.) Solo falta que hagais las paces.
- IRENE ¿Las paces?
- CES. Sí. Las paces. ¿A qué reñir, á qué disputar entre nosotros? ¿No tenemos bastantes penas en el mundo?
- PAC. Andar á trompazos no es pena. Yo he pasao el gran rato. (Entra Pablo por la izquierda y se dirige hacia Cesárea.)

ESCENA XIV

DICHOS y PABLO

- PAB. ¿Cesárea?
- CES. (Acercándose á él.) ¿Qué?
- PAB. (Bajo.) Lo que pensábamos. Desde mañana, rebaja de jornales.
- CES. ¡Ah! De modo que...
- PAB. Lo que se ha resuelto. No aceptamos y proclamaremos la huelga.
- CES. ¿Los otros?
- PAB. No retrocederán. El acuerdo es firme. Vé á los talleres y diselo á las trabajadoras; hoy mismo estallará la huelga. Ahí viene mi padre y los otros jefes de tarea. Vé. Ha de ser hoy mismo, antes que el trabajo se reanude.
- CES. Cuenta conmigo. Voy. (Con gesto lleno de energía. Sale Cesárea por la derecha mientras entran por la izquierda Daniel, los Obreros 1.^o y 2.^o y dos Obreros más.)

ESCENA XV

DICHOS, menos CESÁREA; DANIEL, OBREROS 1.^o y 2.^o y dos
OBREROS más

DAN. (Dirigiéndose á su hijo.) ¿Conque era verdad?
¿Conque rebajan los jornales?

PAB. Ya lo ha oído ustedé.

OBR. 1.^a Y ya oíste que no lo sufriremos. ¿Verdá
que no? (A los Obreros.)

PAC. ¿Qué?

PAB. Que rebajan los jornales como se anunció
anoche. (Movimiento en los Obreros.)

PAC. ¿Sí?

DAN. Dende mañana rebajaos.

PAB. Y nosotros á la huelga desde hoy. ¿Estamos
conformes?

OBREROS ¡Sí!

PAC. ¡Digo que si estamos conformes! La huelga
á escape. (A Irene.) Chica, ¡viva la huelga!

DAN. No: la huelga es el hambre. No sus precipi-
téis. Aun puede intentarse algo. Hablar con
el amo, convencerle; transigir nosotros. (Ti-
tubeando.)

PAB. Nosotros no.

OBR. 2.^a Que transija él.

DAN. Bueno, que él transija. Podemos esperar...
Todo menos la huelga. Quizás hablando con
don Lucas... No es mala persona... Pue
que nos atienda... (Suena dentro la campana lla-
mando al trabajo.) La campana. Vamos á tra-
bajar. A la noche determinaremos.

PAB. Ahora mismo. ¿El amo quiere la guerra?
La tendrá.

DAN. Hay que hacer el último esfuerzo. Hable-
mos con don Lucas.

OBR. 2.^o ¡Hablarle! En su despacho estaba cuando
nos dieron la orden y bien oyó lo que de-
cíamos y ni siquiera asomó las narices.

PAC. Es un morral. (Entra don Lucas por la izquierda.)

- OBR. 1.º (A Daniel.) ¿Quiés hablarle? Ahí le tiés, hombre. (Aparece Luis por el fondo.)
- OBR. 2.º (A Daniel.) Y por si acaso no te basta con él allá viene su hijo. (Por un movimiento instintivo los Obreros se retiran á la derecha hacia el fondo menos Pablo y Daniel y Obreros 1.º y 2.º)

ESCENA XVI

DICHOS, DON LUCAS y LUIS

(La campana sigue tocando. Procúrese que suene lejos para que no estorbe el diálogo.)

- LUIS (A don Lucas.) Venía en busca tuya. Te has retrasado mucho. Todos esperan ya.
- IRENE (A Pacorro.) ¡Qué seguío toca la campana!
- PAC. Déjala. (Como si hablara con la campana.) Hoy estamos en huelga, amiga, no nos sale de las narices ir. (Luis habla con don Lucas.)
- LUIS (A los Obreros.) ¿No oís que llaman al trabajo? (Con imperio.) ¿Qué hacéis ahí quietos? (Los Obreros bajan la cabeza, cobardemente sin atreverse á contestar. Cesa la campana.)
- OBR. 1.º (Tartamudeando.) Ya ve usté... estamos... Pues estamos... Ya hemos oído la campana... Estamos...
- LUIS ¿Por qué estáis? Decidlo de una vez.
- OBR. 1.º (A los otros.) No sé qué decirle.
- PAC. (Al Obrero 1.º) ¡Qué blando eres! Fíjate. (Se estira la chaqueta y se dirige á Luis; fuertc.) ¡Estamos...! (Se detiene como atragantado, balbuceando.) Estamos... estam... ¡Anda, se me traba la lengua! (Retrocediendo, á Daniel.) ¿No querías hablar? Habla tú. (Daniel se adelanta con el sombrero en la mano y la actitud humilde.)
- DAN. El caso es... que nos han dao la orden... Nos han dicho que rebaja usté los jornales y... á nosotros nos parece... Es decir, creemos... Ya ve usté, los jornales de hoy dan pa mal comer... Hágase usté el cargo... Como usté lo piense unas miajas...

- LUC. Cuando he dado la orden es porque no tenía más remedio. ¿Creéis que hago la rebaja por gusto? Todos tenemos que vivir. Para que vivamos todos, tenéis que conformaros hoy. Esto es transitorio. Vendrán tiempos mejores. Cuestión de unos días. (Conciliador.)
- DAN. En tal caso... (Haciendo ademán de dirigirse al horno.) Si usted nos ofrece que serán pocos días... (Coge la barra y se encara con los obreros.) Ya veis, amigos; es cuestión de unos días. ¡Cuando don Lucas os lo dice!... (Movimiento de irresolución y duda en casi todos los Obreros.)
- LUIS. Claro, hombre. ¡A los hornos! ¡A trabajar! ¡Pues no faltaría otra cosa! (Algunos Obreros se dirigen hacia la fundición.)
- PAB. ¿A trabajar? (Con energía.) No. No iremos ninguno. (Coge la barra de manos de su padre y la tira al suelo.) Ni usted tampoco, padre. (Los Obreros que se dirigían al trabajo se detienen.)
- LUIS ¡Eh! (Sorprendido.)
- DAN. ¡Pablo! (Confuso.)
- PAB. No iremos si los jornales no se mantienen como estaban.
- LUC. ¿Qué dices?
- PAB. Que si estos hombres callan y no se atreven á decir lo que llevan en el corazón, por mal entendidos respetos, yo hablaré alto y en nombre de todos: porque todos, sépalo usted, todos piensan lo que hablo yo. Si se rebajan los jornales no volveremos al trabajo:
- DAN. (Suplicante.) ¡Hijo!
- PAB. No volveremos. (A los Obreros.) ¿Digo verdad? (Los Obreros bajan la cabeza sin responder pero permanecen inmóviles con cazarra testarudez.)
- LUIS Ya ves cómo no te contestan.
- PAB. Ya ve usted como no van á trabajar. Callan y bajan la cabeza porque todavía son cobardes delante del amo; porque aún no se atreven á decir lo que piensan. Yo sí me atrevo.
- LUC. ¿Tú?
- PAB. Me atrevo como hombre libre que soy para dar ó negar mi trabajo. Los mineros no trabajarán.
- LUIS ¡Pablo!

- PAB. (A los obreros.) No tengais miedo. Tirad las herramientas: ahora ustedes decidirán. (Algunos Obreros que han cogido las herramientas las arrojan con violencia.) En las condiciones impuestas, los hombres de la mina no vuelven al trabajo. (Momentos antes ha salido Cesárea seguida por un grupo de Obreras.)
- CES. Las mujeres tampoco vuelven.

ESCENA XVII

DICHOS, CESÁREA y grupo de mujeres

- LUIS ¿Qué dices?
- CES. Lo que usted acaba de oír. Las mujeres tampoco vuelven.
- PAB. (A los Obreros.) Vámonos. (Pablo se dirige hacia la izquierda. Todos menos Daniel hacen ademán de seguirle.)
- LUIS ¿Iros, porque este necio y esta loca os mandan que os vayáis?
- CES. Irnos, porque no queremos ser vuestros esclavos; irnos, porque no queremos sufrir injusticias. No van con un necio, no van con una loca. Van con dos trabajadores que sienten como ellos. (A los Obreros.) Vamos. (Vuelve á sonar la campana, pero lejos, como se dijo antes.)
- PAB. Vamos. (Dirigiéndose con los Obreros hacia la izquierda.)
- LUIS Idos, sí. La huelga es el hambre y la muerte. Idos. Peor para vosotros.
- CES. (Encarándose con Luis y con don Lucas.) Peor para vosotros si no llegamos á volver. Nosotros llevamos nuestros brazos. Donde vayamos podrán nuestros brazos arrancar el mineral de la cantera y fundirlo en los hornos y convertirlo en barras... Vosotros, si nosotros os dejamos solos, ¿qué haréis? Andad. Ahí tenéis las herramientas; ahí están ardiendo los hornos; ahí bulle el mineral fundido.

Nada falta. Ni la campana que llama á los trabajadores. Es la hora de empezar la faena. Nosotros nos marchamos. Seguid el trabajo vosotros. (En actitud desafiadora y gallarda, rodeada por todos los Obreros. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. A la vida, á la animación, al vaho ardiente que salía de la fundición, ha sucedido esa quietud siniestra, ese desamparo mortal que se apodera de los grandes centros industriales cuando el trabajo se paraliza. Los hornos están apagados. Los depósitos sin mineral fundido. Las herramientas recostadas contra los hornos y los bordes de los depósitos.

Las puertas que comunican con la derecha con la izquierda aparecen cerradas al comenzar el acto.

En el patinillo habrá media docena de soldados, calentándose en torno de una hoguera hecha brasas. Un centinela pasará por el espacio libre que hay delante del patinillo.

Los soldados tendrán los fusiles junto á ellos.

Con los soldados estará Pedro calentándose como ellos á la lumbre en la cual hervirá una marmita.

Es de noche. La luz de la luna iluminará á medias la escena.

ESCENA PRIMERA

PEDRO, SOLDADOS 1.^o y 2.^o, un SOLDADO más y un CENTINELA

SOLD. 1.^o ¡Valiente madrugada!... Vaya un frío que hace, sargento.

PED. Aumenta la fogata si quieres. En aquel montón tienes leña de sobra. (El Soldado 1.^o se dirige al montón de leña y vuelve con unos troncos que arroja en la hoguera; ésta empieza á arder mientras el diálogo continúa.)

- SOLD. 2.º ¡Qué noche más perra!
- SOLD. 1.º ¡Y si al menos nos hubiese servío de algo! Pero los mineros no se mueven. Vamos á quedarnos sin disparar un tiro.
- PED. ¡Tiros! (Con gravedad.) Dios haga que no sean ellos menester.
- SOLD. 2.º ¡Que tú digas eso! ¡Un valiente probao, que se muere por andar á trastazos!
- PED. En otros sitios andaría; aquí no.
- SOLD. 2.º ¿Pues?
- PED. ¿No sabes que mi padre y mi hermano y todos mis amigos de cuando era mozo trabajan en la mina? ¿Crees que me sonaría el cuerpo á gloria si tuviese que encarar contra ellos el fusil? Vosotros no conoceis en la mina á nadie, y, claro, ¿qué os importa nadie? Tirar del gatillo entretiene. Si fuéseis de este pueblo, estaríais como estoy yo.
- SOLD. 1.º Es que sí. ¡Si estuviéramos en mi pueblo y tuviese que tirar contra mis vecinos!... Claro que si me dejasen escoger, contra alguno dispararía á gusto. ¡Pero de eso á tirar al montón, no sabiendo á quién vas á darle!... Mala cosa es.
- PED. (Cabizbajo.) ¡Y tan mala!
- SOLD. 2.º ¡Qué remedio!...
- PED. En fin... Bueno está. (Mirando la marmita.) Ya hierve el café. Lo tomaremos para entrar en calor. Echad mano á los vasos. (Los Soldados sacan de sus morrales unos vasos de estaño y se van sirviendo el café mientras el diálogo continúa. Pedro saca de su morral un frasco de aguardiente.) Aquí hay aguardiente. Rociaremos el mal humor. (Bebe un trago y pasa el frasco á los Soldados.) ¡Ojalá y todo acabe en paz!
- SOLD. 1.º Tu hermano es el jefe.
- PED. Por eso no estoy yo tranquilo. Siempre fué caliente de cascós. Tiene mucha sangre y es capaz de mover una trapatiesta. Luego Cesárea...
- SOLD. 1.º ¿Esa loca que les predica á los mineros?
- SOLD. 2.º Es una buena hembra. Si la tuviese en la cantina, ganaba el cabo Hernández doble.
- PED. ¡Quiá! Acabaría por irse todo el mundo. Eso

no es mujer. Lo mismo le da á ella de los hombres que de esta brasa á mí. (Tirando con desprecio una brasa que ha cogido de la lumbre para encender un puro.) Estoy por decirte que ni mi hermano le ha llegado con el pico de una uña. Ella con la revolución social y con la justicia y con todas esas pamplinas que le rebullen dentro de la sesera, tiene bastante diversión. Emperrá en que los patronos y los trabajadores, los pobres y los ricos, han de ser iguales.

- SOLD. 1.º (Riendo.) ¡Anda, qué guilla! ¡Anda!
CENT. (Que se ha detenido en la izquierda, preparando el arma.) ¡Alto! ¿Quién vive? (Pedro y Soldados se levantan y se dirigen á los fusiles.)
TEN. (Dentro.) Teniente Fernández.
CENT. ¡Sargento, el Teniente! (Los Soldados se alinean. Pedro se dirige á recibir al oficial, que entra por la izquierda. El Centinela tercia el arma.)

ESCENA II

DICHOS y el TENIENTE FERNÁNDEZ

- TEN. Sargento, vénganse conmigo.
PED. (A los Soldados.) A formar. (Los Soldados preparan los fusiles y forman.)
PED. ¿Nos vamos de aquí, mi Teniente?
TEN. Sí. Hoy reanuda sus trabajos la mina.
PED. ¿Con los huelguistas?
TEN. No. Con esquirols, como dicen ellos; con trabajadores contratados. Lo más probable es que los huelguistas se opongan á que trabajen los esquirols y tengamos jaleo. El peligro, si le hay, está en la entrada de la mina. De modo que la compañía va á reconcentrarse junto á los pozos para cubrir la carretera é impedir el paso á los huelguistas. Así se ha dispuesto. Si ocurre algo en estas dependencias, no están lejos, se puede venir en cinco minutos. Los capataces avisarian.
PED. ¡Y mi hermano que está con los huelguistas!
TEN. ¿Tienes un hermano con ellos? ¡Vaya por Dios, hombre! (Contrariado; como para sí.) Sería

una atrocidad que llegase á haber tiros. (Con mal humor.) ¡Maldita huelga! ¿Por qué nos traerán á esto á los soldados? ¡Nosotros llevamos las armas para cosas más grandes; para pelear contra los enemigos de la patria, no para disparar contra los hambrientos! ¡Ojalá no sea preciso hacer fuego! Para estos menesteres, la policía, la policía, no nosotros. ¡En fin!... ¿Estamos listos?

PED. (Poniéndose al frente de la fuerza.) Sí, señor. (El Teniente hace ademán de marchar y sale sin envainar el sable. Pedro, con voz de mando.) De frente. March. (Los Soldados, formados de á dos, salen detrás del Teniente. Apenas desaparecen ellos por la derecha, aparecen por el primer término izquierda Irene y Pacorro.)

ESCENA III

PACORRO é IRENE

PAC. (Mirando á la derecha.) Ya se fueron. El camino está libre. (A Irene.) ¡Ese estúpido de centinela no hacía más que mirar á todas partes! ¡Habrás tonto! ¡Míá que buscar á los mineros encima de la tierra! Debajo es ande hay que buscarlos, amigo. (Como si hablase con el centinela.) Avisa á Pablo y á los otros. (A Irene.)

IRENE En seguía. (Dirigiéndose hacia el primer término izquierda y haciendo señas con la mano.)

PAC. ¡Soldaditos á mí!... Media legua tié la galería y por ella vendremos tos. Ya se acercan esos. (Entran por el primer término izquierda Cesárea, Pablo y los Obreros 1.^o y 2.^o)

ESCENA IV

DICHOS, CESÁREA, PABLO y OBREROS 1.^o y 2.^o

PAB. (Entrando.) Veremos si logran lo que se proponen, poniendo tropa en la carretera y cerrando el paso á los talleres. La galería

será nuestro camino. Los huelguistas vendrán por ella y, pase lo que pase, no se empezarán los trabajos. (A los Obreros 1.º y 2.º) ¿Estamos conformes?

OBR. 2.º

Conformes.

OBR. 1.º

Por lo menos si quieren trabajar ha de costarles sangre.

OBR. 2.º

La sangre será nuestra; un fusil alcanza más que una pistola.

CES.

Nuestra ó suya ó de todos. ¿Qué importa? Cada gota de sangre que en estas peleas se pierde es un paso hacia el porvenir.

IRENE

(Con admiración.) ¡Qué bien dices las cosas! Yo no las entiendo del to, pero vaya que se me clavan en el corazón.

CES.

De él me salen.

OBR. 1.º

Y en el nuestro se meten. Anoche cuando nos reunimos pa ver lo que hoy se hacía, ya viste que la gente andaba duosa. Pero cuando te levantaste en mitá del bosque, iluminá por la luna y hablaste, tos fuimos unos.

PAC.

Paecías mesmamente una virgen del cielo que bajaba á la tierra á decirnos: «Esto y esto es lo que hay que hacer. ¡Confiar en mí!» ¡Cristo, si te pones guapa cuando hablas como anoche!... ¡Hay en tus ojos una cosa!... ¡Vamos! como si tuvieses un lucero dentro de cá niña.

OBR. 1.º

Lo que dijiste. Lo que este propuso, se hará. (Por Pablo.)

IRENE

Tanto como se hará.

PAC.

Ya andaba yo aburrío de estarme mano sobre mano. ¡Bronca, bronca, es lo que hace falta! Como entrecoja á un esquirol, le corto las orejas y nos las comemos fritas con tomate. (A Irene.) Así como así va pa ocho días que no entra la carne en mi cuerpo.

PAB.

En eso confían, en que nos hará ceder el hambre, en que hoy uno y otro mañana, y después todos bajaremos la cabeza y volveremos al trabajo.

CES.

¡Pobres de nosotros si volviéramos aceptando lo que los amos dispusiesen!

- PAB. Así no volveremos.
OBR. 1.^o El hambre es muy cobarde.
CES. Cuando tiene esperanzas de satisfacerse. Cuando no las tiene es una fiera y atropella por todo. Que el hambre de los obreros pierda la esperanza, que, aun queriendo, no puedan volver al trabajo, y veréis como ni vacilan ni se rinden.
- PAC. Por de pronto ya habéis pasao la galería.
PAB. A eso hemos venido. A convencernos de que se podía llegar aquí sin ser vistos.
- PAC. Pues ya estáis enteraos. Me paice á mí que no dije un embuste. ¡Que pongan, que pongan soldaos en las entrás de la mina creyendo que pasarán los esquirols y no pasaremos nosotros! ¡Van á llevarse un chasco! Naide recordaba la galería. Yo sí. Entramos Irene y yo una noche porque nos cogió al paso y nos dió por decir: «Vamos á ver ande para esto.» ¿Te recuerdas tú? (A Irene.)
IRENE ¿No he de recordarme?
PAB. Muchas gracias, Pacorro. Ya estamos convencidos. Ahora no hay tiempo que perder. Tú, Irene, y estos dos, avisáis á los compañeros; que se reunan en la galería y vengán á este sitio, al amanecer, antes de empezar sus trabajos los esquirols. Los obreros de los pozos ya saben lo que tienen que hacer. Nosotros haremos lo nuestro. (A Irene, Pacorro y Obreros 1.^o y 2.^o) Andando.
- PAC. (A Pablo.) ¿Tú no vienes?
PAB. No; Cesárea y yo estamos muy significados. Si nos ven á ella y á mí andando de una casa en otra podemos infundir sospechas. Aquí os esperamos. Volved lo antes posible.
- PAC. (Salen por la izquierda Pacorro, Irene y los Obreros 1.^o y 2.^o)

ESCENA V

CESÁREA y PABLO

(Pablo se sienta sobre un montón de mineral, donde permanece en actitud preocupada, Cesárea se acerca á él.)

- CES. ¿En qué piensas, Pablo? Pareces acobardado, triste.
- PAB. Acobardado, no. Triste, sí.
- JES. ¿Triste? ¿Por qué?
- PAB. Porque pienso en los que se van, en los que han de volver con ellos; y los veo á todos esperanzados en tí y en mí; influidos por nuestras predicaciones de las que aguardan inmediatos efectos. Enardecidos por nuestras predicaciones llegarán por el triunfo y es casi seguro que se tropiecen con la muerte...
- CES. ¡La muerte! (Con desprecio, energía y decisión.)
¿Y qué? ¿Es precisa la muerte suya, la nuestra, las de miles y miles de hombres para el bien de los que nos sucedan?... ¿Sí?... Pues entonces la muerte es una obligación. Las obligaciones, se cumplen.
- PAB. No me espanta morir; y eso que muriendo voy á perderte, no como realidad, como esperanza, que es más doloroso todavía.
- CES. No todos mueren, Pablo.
- PAB. Repito que no me da miedo la muerte.
- CES. ¿Entonces?
- PAB. Sí. Morir es una obligación como otra cualquiera. Morir tú, morir yo, que sabemos por qué y para qué vamos á morir, puede ser necesario, justo. ¿Es justo que hagamos morir á los otros, á los que no tienen cabal conciencia de por qué mueren y para qué mueren?
- CES. ¿Los otros?
- PAB. Ellos, con la plenitud necesaria para saberlo, no lo saben.
- CES. No lo saben, pero lo sienten; igual es.

Luego, muriendo ellos, ¿qué pierden? Aun comprendo dudar, no en ir, en llevarlos á ellos á la muerte, si su vida fuera bienestar y felicidades. Arrancarles de la dicha para la muerte sería cruel. Arrancarles para la muerte, de la miseria, de la esclavitud, y hacer con sus cadáveres una bandera que aliente á sus hijos, es, para ellos, misericordia; para sus hijos, porvenir; para nosotros un deber. Deja que mueran, Pablo, si hoy ha de ser la muerte el término de nuestra rebelión. Deja que muramos nosotros. Con nuestra sangre se regarán gérmenes de amor y justicia. Por obra suya brotarán sobre la tierra generaciones en las que los hombres serán hermanos y el trabajo fiesta; en la que nadie se atreverá á verter la sangre de nadie, porque la sangre de todos será para todos común.

PAB. ¡Qué dicha oírte hablar así!... Tienes razón, hay que hacer realidad ese porvenir; hay que llegar á eso. Pero yo quisiera llegar por la bondad y por el amor, dando y recibiendo el abrazo, no imponiéndolo sobre charcos de sangre.

CES. ¿Y de qué te sirve querer?... Los otros no ceden. Mientras puedan resistir han de hacerlo.

PAB. ¡Es tan lógico que resistan! ¿Cómo han de abrir paso á las nuevas ideas quienes imbuidos por las viejas gozan de todas sus ventajas? ¿Cómo no han de resistirse ellos? ¿Cómo no han de sentir la influencia de las viejas ideas, si los nuestros, los mismos nuestros la sufren también?

CES. (Con lástima.) ¡Infelices!

PAB. ¿No oíste á mi padre combatiendo la huelga, sometiéndose á ella de por fuerza, contra su voluntad? ¿No le ves, cuando suena la hora del trabajo, alzarse de la cama como un autómatas y venir aquí á contemplar, á adorar su horno, ese horno en que está de jando la vida hace cuarenta años?... ¡Ay, Cesárea, cuántos y cuántos años faltan para que nuestro sueño se haga realidad!... ¡Hay

tantos obreros como mi padre! Aun queda mucho camino por hacer.

CES. Luchemos por acortar ese camino.

PAB. Luchemos y soñemos, Cesárea.

CES. ¡Pablo!...

PAB. Antes de la lucha todos sueñan. El sueño prolonga la vida. Cuando se puede morir es bueno tomar desquites anticipados de la muerte. Déjame que haga, soñando con los ojos abiertos, el futuro presente. Deja que nos mire en un hogar común, libres para el trabajo y para el amor; compañeros felices de toda una existencia doble. Deja que te vea junto á mí, rodeada de los hijos tuyos, de los nuestros... ¡qué de los tuyos y los nuestros! de los nuestros solo, porque serán todos de los dos, porque tal que á propios querré á los de Manuel.

CES. ¡Qué bueno eres, Pablo!

PAB. (Con pasión.) ¡Cesárea!

CES. También sueño yo: ¡Hay sueños muy hermosos! (Cogiendo entre las suyas las manos de Pablo.) Soñemos con las manos juntas y el alma puesta en la dicha de todos los hombres.

PAB. Y con el alma puesta en la dicha de nosotros dos, ¿por qué no hemos de soñar, Cesárea?

CES. ¡En nosotros y con nosotros dos!

PAB. Sí. ¿Por qué no? (Momentos antes ha comenzado á amanecer. La luz de la luna va siendo sustituida poco á poco por una luz amarillenta, la luz de un alba triste, espectral. Breve pausa que los actores interpretarán según su inspiración.)

CES. (Breve pausa. Como quien sale realmente de un sueño.) Porque no hay tiempo ni derecho. Mira, comienza á amanecer... No en nosotros, en los otros hemos de pensar.

PAB. ¡Los otros!... ¿Por qué amanecerá tan pronto? (Breve pausa.)

CES. (Mirándole.) ¡Qué pálido estás! (Cogiendo las manos de Pablo entre las suyas.) ¡Pálido y frío!

PAB. ¡Quién sabe si esta palidez que ves en mí y esta frialdad que siento en mi sangre, son el aviso de la muerte! (Con serena melancolía.)

CES. (Con pasión.) ¡No pienses en la muerte! No hables de ella. Piensa en la vida, ¡en nuestra vida!... ¡en la de los dos!... ¡Hay que vivir, Pablo!...

PAB.

CES.

¡Cesárea!...
(Mirando hacia la derecha, primer término.) Vienen. ¿Serán esquirols? (Pablo se levanta y se dirige hacia la derecha.)

PAB.

No; todavía, no. Es mi padre. La visita diaria al horno. Y hoy... ¡hoy!... (Entra por la derecha Daniel, que, al ver á Pablo y Cesárea, hace un ademán de sorpresa.)

ESCENA VI

CESÁREA, DANIEL y PABLO

DAN.

¿Aquí vosotros?... ¿Qué hacéis vosotros en la fundición?

CES.

Esperar.

DAN.

¿Esperar? ¿Qué esperáis?

PAB.

Que vengan los esquirols á ocupar nuestros sitios, para impedir que lo consigan.

DAN.

(Riendo.) ¿Impedirlo?

CES.

Sí.

DAN.

(Con sarcasmo.) ¿Vosotros dos solos? ¡Tontos! Os quedaréis sin el sitio y sin las costillas como os empeñéis en hacer piernas.

PAB.

Usted debió quedarse en casa.

DAN.

¿En casa? En la casa no hay pan ni lumbre. Cuando en las casas falta el pan y la lumbre, ataúdes paecen. (Con sarcasmo.) ¡Ya estaréis contentos!... La huelga nos debe tener á tos muy contentos. Yo... ¡fégurate! Yo, sin jornal, sin esperanzas de tenerlo y mi horno apagao. (Acercándose al horno y tocándole con la mano.) ¡Frío!... Frío, como si no hubiese que-mao plomo en jamás.

PAB.

Padre...

DAN.

¿Sabes si yo te viese muerto lo que sentiría cuando tocase el cuerpo tuyo?... Pues talmente me pasa cuando llego á mi horno y lo tiento y lo hallo muerto, acarambanao,

sin que por su boca abierta salga el vaho del plomo. Me da verlo así mucha pena, mucha, pero no pueo dejar de verlo.

PAB. ¿Por qué viene usted hoy?

DAN. Porque vengo tóos los días. ¿A qué iba á no venir? ¿A que empiezan hoy los trabajos? ¿A que llegarán los esquirols? ¿A que otras manos que las mías cargarán el horno y empuñarán la barra y regolverán el mineral?... Será ello otra pena. Una más ó menos, ¿qué tié?

PAB. Debe usted irse.

DAN. ¿Irme?

CES. Los esquirols van á venir y en la fundición no trabajan. No estando con nosotros de corazón, no debes hacerte responsable de lo que aquí ocurra.

DAN. ¿Qué va á ocurrir aquí? Que vendrán los esquirols y los capataces y los amos con ellos y os echarán á puntapiés.

PAB. ¿Está usted seguro?

DAN. ¡Bah! (Encogiéndose de hombros.) Ahora que caigo. ¿Cómo os habéis colao en la fundición? La tropa corta el paso en la entrá de la mina á to el mundo. A mí me han dejao pasar los capataces porque saben que na tengo que ver en este lío, que vengo de maniático, como ellos dicen; á vosotros dos...

CES. Hemos entrado por sitio que ellos no conocen. Por el mismo sitio entrarán los otros. Entonces...

PAB. (A su padre, señalando hacia la derecha.) Oiga usted. Ya se acercan. Ya están aquí. Ahora, que vengan esos esquirols. (Entran por la derecha sigilosamente y empujándose los unos á los otros, Irene, Pacorro, la Greñuda, Obreros 1.^o y 2.^o Obreras 1.^a y 2.^a y un grupo numeroso de Obreros y Obreras entre los cuales habrá muchachos y viejos.)

DAN. Los huelguistas.

PAB. (A Daniel.) ¡A ver si nos echan á puntapiés, como usted nos decía, padre!

ESCENA VII

DICHOS, IRENE, la GREÑUDA, OBRERAS 1.^a y 2.^a, PACORRO,
OBREROS 1.^o y 2.^o, OBREROS y OBRERAS

PAC. ¡Ya estamos aquí tos! ¡Contra, si tié revuel-
tas esa galería! ¡Y á escuras! ¡Nos hemos
dao ca coscorrón! Conque lo dicho; ya esta-
mos aquí tos. (A Pablo.) ¿Cuándo escomienza
el baile?

DAN. ¿Qué baile?

GREÑ. El que van á danzar los esquiroles en cuanto
asomen las narices.

IRENE No le arriendo la ganancia al que me toque
de pareja.

PAC. ¿Pues miá que el que te toque á tí, Greñúa?

GREÑ. (Con ferocidad.) No saldrá mu satisfecho que
digamos. Me he afilao las uñas en la cante-
ra. (Enseñándoselas á Pacorro.) Míalas, míalas
cómo relucen.

PAC. Tamién te relucen los ojos. A estas horas y
con esta luz y con esa facha, paeces una
gata vieja acechando ratones.

GREÑ. Déjalos venir.

DAN. ¿Qué os proponéis?

CES. ¿Qué nos preponemos? Defendernos. Impe-
dir que acaben con la huelga.

PAC. ¡Ole! ¡Ole!

OBR. 1.^o ¿Qué hemos de hacer? Dilo.

PAB. Esperar que vengan los esquiroles y cuando
vengan, por buenas ó por malas, impedir
que trabajen.

PAC. Por malas es mejor. Se arma más jaleo.

PAB. (Al Obrero 2.^o) Tú á vigilar. Cuando veas que
se acercan avisa. (El Obrero 2.^o sale por la iz-
quierda.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos OBRERO 2.º

- P. B. Que los de los pozos cumplan su deber. Nosotros cumpliremos el nuestro. En la fundición no se trabaja.
- OBRERAS {
OBREROS } ¡No!
- DAN. ¡Estúpidos! ¡Que no se trabaja!
- PAB. No señor. (Movimiento de furiosa negativa en los Obreros.)
- DAN. ¿Qué importa que echéis de aquí á los esquirols? Se irán; golpearéis á unos infelices tan hambrientos como nosotros; les haréis huir, huirán.
- PAC. ¡A patás, sí señor, á patás!
- DAN. Huirán, pero volverán pronto, y volverán con los soldados y los soldados tién fusiles y los soldados no corren y los fusiles matan. (Movimiento de retroceso y de temor en los Obreros.)
- PAB. (Con enojo.) ¡Padre!
- PAC. Tamién matan nuestras pistolas. Hay que arrimarse un poco más, pero tamién matan.
- CES. Caiga quien caiga, los esquirols no trabajarán en la fundición. Vete, Daniel. No te unas á nosotros si es que te asusta la pelea; pero no vengas á quitar alientos á quienes necesitan todos los suyos. Vete ó cállate. (Entra por la izquierda precipitadamente el Obrero 2.º)
- OBR. 2.º ¡Los esquirols!... Don Luis y los capatace vienen al frente de ellos.

ESCENA IX

DICHOS y OBRERO 2.º

- OBR. 1.º (A los Obreros.) Salgamos á su encuentro. (Los Obreros se dirigen hacia la izquierda.)
- PAB. (Pablo los detiene con el ademán,) No. Todos vosotros, menos yo y Cesárea, allá en el fondo.

La fuerza debe ser lo último entre los hombres.

GREÑ.

Pero...

PAB.

Haced lo que os digo. (Todos los Obreros, menos Cesárea, Pablo y Daniel, se retiran hacia el fondo de la fundición donde desaparecen.)

CES.

Ya llegan. (Entran por la izquierda Luis, Nemesio, y un grupo de trabajadores esquirols. Pablo y Cesárea les dan frente. Daniel queda en segundo término hacia el fondo.)

ESCENA X

CESÁREA, PABLO, DANIEL, NEMESIO, LUIS, CAPATACHES y un grupo de Esquirols

LUIS

(Al ver á Cesárea y á Pablo se detiene como sorprendido, luego avanza con arrogancia hacia ellos.) ¿Qué hacéis en la fundición esta mujer y tú?

PAB.

Aguardar á usted y á los hombres que le acompañan.

LUIS

¿A qué nos aguardáis?... si es que puede saberse.

PAB.

A pedirle á usted, á suplicarle á usted que los esquirols no trabajen.

LUIS

¿A suplicarme?... Menos mal que no lo exiges, Pablo...

CES.

Si hace falta lo exigiremos.

LUIS

¡Exigir! (Con desprecio.) ¿Y qué vais á exigir vosotros?

PAB.

Lo que es justo. Que se acceda á nuestra pretensión.

LUIS

¿Eso queréis? (Desdeñoso.)

PAB.

(Amenazador.) Sí.

DAN.

(Avanzando hacia su hijo y en tono de súplica.) ¡Pablo!...

PAB.

Para llegar al límite de nuestra paciencia, suplicamos á usted lo que por fuerza podemos conseguir.

LUIS

Por fuerza. ¡Necio! La fuerza esta conmigo. (A los esquirols.) Al trabajo. (Los esquirols hacen

un movimiento de avance. Pablo los detiene con el gesto.)

PAB. (A Luis.) ¿Conque no?

LUIS Ya lo ves.

PAB. (A los esquirols.) Entonces diriglos hacia los hornos, hacia los depósitos. (Los esquirols se encaminan hacia los hornos; algunos empuñan herramientas; Cesárea, se dirige á ellos.)

CES. (A los esquirols.) Trabajadores sois lo mismo que nosotros. Nuestra causa es la vuestra. Mirad lo que hacéis.

LUIS Lo que hacen; obedecerme y volveros la espalda. (Los esquirols avanzan hacia los hornos con los capataces.)

PAB. ¡Que obedezcan! Veremos quién puede con quién. (Dirigiéndose al fondo.) ¡Mineros! (Salen por el fondo Irene, la Greñuda, Obreros 1.º y 2.º, Obreras y Obreros, tumultuosamente y dirigiéndose hacia los esquirols, que retroceden: un gesto de Cesárea detiene á los huelguistas.)

ESCENA XI

DICHOS, IRENE, LA GREGUDA, OBRERAS 1.ª y 2.ª, PACORRO, OBREROS 1.º y 2.º, OBRERAS y OBREROS

LUIS (Con asombro.) ¡Eh!

CES. ¿Qué suponías? ¿Que todo iba á ser fácil? ¡Anda! ¡Que avancen esos hombres; los tuyos! Ahí están los nuestros. Que avancen.

PAC.

GREÑ.

IRENE

OBREROS

} ¡Mueran los esquirols! (Avanzando.)

LUIS (Con ira.) ¿Os atrevéis á ponerlos delante de ellos?

PAC. Delante ahora. Dentro de un minuto detrás, porque van á salir corriendo.

GREÑ. ¡Mueran los vendíos! ¡A ellos, amigos, á ellos! (Encarándose con los esquirols.)

NEM. (A los huelguistas.) ¡Retiraos! ¡Obedeced al amo!

- OBREROS** ¡Fuera los esquirois! ¡Fuera los capataces!
- LUIS** (Con ira.) Decid que fuera yo también. ¡Echadme de lo mío, canalla! ¿Os creéis los más fuertes?
- PAB.** Los que tenemos la razón.
- LUIS** Los más fuertes; por eso nos amenazais. Los más fuertes en este momento. Pero detrás de mí, de los obreros, de los capataces, está la tropa. (Los huelguistas hacen un ademán de temor y retroceden.) ¡Ah! ¿Tenéis miedo?... ¿Retrocedéis solo al mentaros los fusiles? Yo no retrocedo. Si de solo á solo estuviéramos yo y el que os acaudilla, vería este hombre que de todas maneras puedo ser su amo yo. (Luis coge á Pablo bruscamente por los abroches de la blusa. Pablo le empuja bruscamente también, obligándole á retroceder.)
- PAB.** ¿Amo mío?... Ni de un modo ni de otro. (Avanzando amenazador.)
- PAC.** (A los huelguistas.) ¡Duro con él y con estos gañotes! (Los huelguistas avanzan hacia Luis en actitud amenazadora, mientras Luis retrocede hacia los esquirois.)
- DAN.** (Dirigiéndose hacia los huelguistas con los brazos extendidos, como si quisiera detenerlos.) ¡No! ¡Eso no!... ¡Compañeros, por mí! (Algunos Obreros, entre los cuales está Pacorro, apartan á Daniel, y se dirigen hacia Luis en actitud de provocación. Los esquirois huyen por la izquierda. Luis queda solo. Cesárea se interpone entre los huelguistas y Luis.)
- CES.** ¡No! ¡Deteneos! Nuestra cólera debe ser más santa. No la rebajemos descargándola contra un hombre indefenso. Dejadle. (Los huelguistas obedecen á Cesárea. A Luis.) Ya lo ves. Los esquirois huyen. Estás solo. Vete.
- LUIS** (Amenazador y colérico.) Cuando vuelva, no estaré solo. (Sale por la izquierda.)
- CES.** Vuelve con quien quieras. Pero vete.

ESCENA XII

CESÁREA, IRENE, GREÑUDA, OBRERAS 1.^a y 2.^a, DANIEL, PACORRO y OBREROS

CES. Ya lo habéis oído. Dice que volverá y volverá con los soldados.

DAN. Vendrá con ellos y se empezarán los trabajos.

PAC. ¡Quiál!

CES. ¿Empezarse? No. Trabajar, no trabajarán, yo te lo aseguro. Las herramientas sirven para algo más que para hacer esclavos. Sirven también para hacer justicia. (A los Obreros.) Vuestras son. El trabajo las hizo vuestras. ¿Os las quieren quitar para que las manejen otros? En vosotros está que nadie os las quite. Usadlas Romped los hornos.

OBREROS y OBRERAS } ¡Sí, los hornos! ¡A romper los hornos! (Los Obreros y Obreras todos cogen las herramientas que hay esparcidas por la escena y se dirigen hacia los hornos.)

DAN. ¡Romper los hornos!

(Unos Obreros se dirigen hacia los hornos, otros á los depósitos y empiezan á destrozarlos con las herramientas. Daniel contempla con nerviosa inquietud la faena de los huelguistas.)

PAB. (A cuatro ó seis Obreros entre los cuales se encuentra Pacorro é Irene.) Este para vosotros. (El horno donde trabaja Daniel. Los Obreros que siguen á Pablo se dirigen al horno. Daniel, casi de un salto, se pone entre los Obreros y el horno en actitud resuelta y desesperada á la vez.)

DAN. ¡Mi horno!... ¡Vais á romper mi horno!

PAC. Sí. (Los Obreros avanzan.)

DAN. No. No lo romperéis. No quiero que me lo hagais pedazos. (Al oír á Daniel los obreros se detienen en su faena destructora.) cá ladrillo arrancao, sería un cacho de carne que me arrancaríais á mí. Oídme. Nunca pedí por Dios á hombre alguno. ¡Por Dios os lo pido áhoral ¡No destrocéis mi horno! (Suplicante.) Hace

cuarenta años que estoy al lao suyo. Romperlo es matarle. ¡No quiero que me lo mateis! ¡No mateis á mi horno! ¡Os lo suplico con los brazos en cruz! (Extendiendo los brazos y cubriendo el horno con su cuerpo.)

PAB. Déjanos, padre; lo que es preciso se hace. Déjanos.

DAN. ¡Dejaros!... ¿Conque pedir por Dios no sus vale? Bueno. Entoavía son estos brazos tan duros como el hierro de un espetón. (Cogiendo una maza de hierro que habrá árrimada al horno.) Entoavía hay aquí una maza. (Con grandeza y bravura.) Tan cierto como que el horno es mío; tan cierto como que he gastao mi vida atizando su lumbré, tan cierto como esto es que al primero que se acerque al horno pa hacerlo cachos, le hago cachos los sesos. (Levantando la maza en alto mientras los Obreros retroceden.)

CES. Basta, Daniel. No seas loco.

DAN. ¿Loco? ¡Que se arrimen!

CES. Es preciso. Tu horno hay que romperlo como todos, y tenemos prisa. Los minutos no pasan.

DAN. (Desafiando.) ¡Probar!

PAC. (A Greñuda y otros Obreros que están próximos al grupo de que él forma parte.) ¡Chist!... Despacito. Seguidme. (Bajo. Pacorro, la Greñuda y tres ó cuatro Obreros, ocultándose tras el grupo que rodea á Daniel, dan vuelta al horno sin ser vistos por aquel que hace frente á los otros.)

PAB. (A Daniel.) Es preciso. Ni tú, siendo mi padre, impedirás que lo que es preciso se cumpla.

DAN. Ni tú, siendo mi hijo, conseguirás que toquen á un ladrillo de mi horno. (Pacorro, La Greñuda y los Obreros han dado la vuelta y cogen á Daniel por la espalda, sujetándole é impidiéndole toda acción.)

PAC. No hace falta reñir. ¿Lo ves, viejo? (A los obreros.) ¡Así!... Quitadle la herramienta. No soltarle. (A los otros Obreros.) ¡Duro en el horno ya! (Cinco ó seis Obreros comienzan á romper el horno mientras queda Daniel sujeto por los otros.) ¡Ea!... ¡A los hornos! ¡A los depósitos! ¡A los

talleres! ¡Al delirio! ¡Hala!... Hala! (Los obreros siguiendo las indicaciones de Pacorro se lanzan sobre hornos y depósitos destruyéndolos.)

DAN. ¡Ah, cobardes! ¡traidores!... ¡No quiero verlo! (Tapándose la cara y dejándose caer contra un montón de mineral.) ¡Mi horno! ¡Mi horno hecho pedazos! (Rompe en sollozos. Entra un Obrero precipitadamente por la derecha.)

ESCENA XIII

DICHOS, un OBRERO.

OBR. 1.º ¡Los soldaos!.. ¡Que vienen los soldaos! (Movimiento de terror y de retroceso en todos los Obreros. Daniel sigue inmóvil y estúpido sin darse cuenta de nada.)

PAB. (Mirando por la izquierda.) Viénen. (Con serenidad desdeñosa.)

OBR. 1.º Sí, ya ha habío tiros en los pozos.

OBR. 2.º ¡Escapemos! (Los Obreros hacen ademán de huir.)

OBR. 1.º Es imposible. Estamos cercaos.

CES. (Adelantándose con energía.) Quietos. Pronto. Las mujeres y los viejos delante. Vosotros, los hombres, detrás. (Los Obreros se retiran hacia el fondo y forman grupo en él, en la forma indicada por Cesárea, es decir, las mujeres y los viejos delante y los hombres detrás. Daniel sigue inmóvil donde está.)

PAB. (A Cesárea.) Yo contigo.

CES. Conmigo, Pablo, y esperemos. (Hay un momento de silencio angustioso, durante el cual los Obreros se agrupan en el fondo.)

PAB. (A Cesárea.) ¡El instante se acerca; voy á pelear y puedo morir! Dime en este segundo que acaso está separándome de la muerte, dime que me quieres, Cesárea!

CES. ¡Te quiero con toda mi alma, Pablo!

PAC. (Que ha ido de una puerta á otra.) Ya llegan. Por la derecha... por la izquierda... No se puede escapar.

CES. ¡Se puede morir! (Entra por la izquierda un grupo de soldados al frente del Teniente Fernández, los soldados con las armas dispuestas y el Teniente con la espada desnuda.)

ESCENA XIV

DICHOS, EL TENIENTE FERNÁNDEZ. Soldados y un grupo de esquirols que sigue á estos

TEN. (A los huelguistas.) Pronto. Despejen, ó despejamos por la fuerza. ¡Despejen!

PAC. y OBREROS ¡Mueran los esquirols!

GREÑ. ¡Mirar cómo se esconden tras los soldados! Aquí hay montones de mineral. (A los Obreros.) ¡Vivan los soldados! ¡Pero firme en los esquirols! ¡Firme con ellos, chicas! (Las mujeres cogen piedras de los montones de mineral y comienzan á tirarlas contra los esquirols que se ocultan detrás de los soldados.)

OBREROS ¡Mueran los esquirols!

TEN. (A los Soldados.) ¡Quietos! ¡Quietos! (A los Obreros.) ¡Despejen!

SOLD. 1.º ¡No hay paciencia! ¡Me han dao un cantazo en el ros!

TEN. ¡Calma!... ¡Calma!... ¡Hay mujeres, hay niños! ¡Calma! (Entran por la derecha corriendo Pedro y otro grupo de Soldados. Por la izquierda entran Luis y Nemesio. Pedro y los Soldados se unen al Teniente.) ¡Pablo!... ¡Pablo con ellos!

PED.

ESCENA XV

DICHOS, PEDRO, LUIS, NEMESIO y un grupo de Soldados

TEN. (Avanzando con los Soldados.) ¡Atrás! (A los Obreros. Los Obreros van retrocediendo lentamente.)

OBREROS ¡Mueran los esquirols! (Las mujeres arrojan piedras, los hombres empuñan pistolas y facas y se ponen delante de las mujeres.)

LUIS (Que estará al lado del Teniente.) Mis hornos destrozados, ¡canalla!

TEN. (A Luis.) Calle usted.

LUIS Callar, y los miserables nos insultan y nos apedrean. ¡Fuego! (Los Soldados hacen fuego á la voz de Luis. Los trabajadores contestan casi simultánea-

mente. De un lado caen tres ó cuatro Obreros, entre ellos Pablo. De los Soldados cae Pedro, muy cerca uno de otro.)

TEN.

(A Luis.) ¡Es usted un infame! ¡Qué ha hecho usted! Y ya es imposible detenerlos.

(El Teniente sale hacia el fondo con los soldados que siguen detrás de los Obreros. Luis y Nemesio desaparecen por la izquierda con los esquirols. Daniel solo al oír la descarga habrá salido de su estupor. Cesárea al ver caer á Pablo se dirige donde está y se arrodilla ante él. Daniel, que se ha acercado á sus hijos, contempla á éstos con espanto.)

ESCENA XVI

CESÁREA, DANIEL, PABLO y PEDRO, muertos

DAN.

¿Qué?... ¡Pablo! ¡Hijo mío! ¡Hijo! (Acercándose á éste como si le llamara.) ¡Pedro! (Lo mismo.) ¡No contestan! (Examinándolos.) ¡Están muertos!... (Con angustia.) ¡Esto es posible!... ¿Los dos?... ¿Los dos?...

CES.

¡Los dos, sí; los dos!... Menos mal que tu hija esta viva para que el matador de tus hijos la goce.

DAN.

¡Los dos!...

CES.

¡Anda, defiende el hornol... ¡Vé detrás del amo!... ¡Suplícale! ¡Pídele perdón! ¡Anda! ¡Anda, imbécil! ¡mientras yo doy en estos labios muertos, los besos que les negué vivos! (Cesárea se inclina sobre el cuerpo de Pablo, mientras Daniel queda entre sus dos hijos, presa de una estupidez trágica.—Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

El teatro representa el departamento que sirve de bajada á la mina.

En el fondo y empotrado casi, en una entrante de él, se verá el ascensor defendido por una barandilla. Este ascensor será practicable, con puerta que se abra hacia dentro y estará dispuesto en forma que los actores puedan salir por la espalda suya cuando cierre la puerta. El ascensor penderá de un cable que juega en sentido ascendente y descendente. En la pared á la parte afuera de la barandilla se verá una rueda ó manubrio que hace funcionar al aparato. También habrá simulado un timbre de señales eléctrico. Al lado de la barandilla y arrancando del muro un banco de piedra. En primer término á la derecha un monton de lingotes.

En las paredes se verán colgados de clavos, candiles, vestimentas y útiles de minero.

En el fondo, habrá una puerta. Otra, en la izquierda, que supone comunicar con el vestuario de los ingenieros y capataces. La otra, en la derecha, figura conducir á los talleres

Al levantarse el telón, aparecen en escena Daniel y Nemesio.

ESCENA PRIMERA

DANIEL y NEMESIO

- NEM. Estate prevenio, porque no tardarán en venir. ¡También es ocurrencial Darles un almuerzo allá abajo, en el fondo de la mina.
- DAN. Arriba ó abajo, ¿qué más tié? En toas partes estarán bien servíos y comerán bien. Son los amos.

- NEM. Verdá.
- DAN. Ya he visto, ya he visto la de cosas que llevan al almuerzo. Por el ascensor han bajao: Tres bateas con la comía que se van á engullir; de gloria era su olor. Luego, cestos con fuentes; y platos y más platos; y copas, un batallón de copas. Y las botellas por docenas. Docenas iban de los vinos mejores. Van á pasarlo de primera.
- NEM. Abajo han improvisao un comedor que me río yo de la fonda. Lo han puesto en la plazoleta, ande están los ventilaores, pa que el aire circule bien y no sientan la pesaez y el ahogo que trae respirar en los pozos. A más, luminarias por toas partes. La mina, á cuenta de una mina, paece un palacio encantao.
- DAN. ¿Vienen muchos?
- NEM. Don Luis, don Lucas, su señora, ese caballero, esas señoritas...
- DAN. Vamos, tóos los amos.
- NEM. Justo. A más don Fernando...
- DAN. ¿Baja don Fernando con ellos?
- NEM. Me aseguro que sí.
- DAN. ¡Ya!...
- NEM. De mo y manera que pues lucirte en el nuevo oficio. ¿A ver cómo te portas?
- DAN. Descuida, Nemesio, cuando tengo una obligación, sé cumplirla.
- NEM. Lo sé. Pero como ahora te quejas porque te han separao de tu horno y te han metío en la vegilancia del ascensor. (Daniel arrastrará torpemente la pierna izquierda y moverá, torpemente también, el brazo izquierdo, como quien está impedido de ellos.)
- DAN. Me quejo porque dende niño mi oficio era aquel y tiene que dolerme el haberlo dejao. Ya me acostumbraré. Claro, con la pícara enfermeá que me entró después de la huelga y con el parális de estos remos, no podía servir pa el horno. De más han hecho con no ponerme de patas en la calle. Por lo que hace al cambio de trabajo, ya me acostumbraré. Mirándolo á derechas, el hombre debe saber estar ande le coloca su suerte.

- NEM. ¡Maldita huelga! Fajos de billetes ha costao á los amos.
- DAN. Dos hijos me ha costao á mí.
- NEM. Acuérdate de que Pablo fué quien lo movió tó.
- DAN. Acuérdate de que yo visto luto por él, y múa la conversación. (Breve pausa.)
- NEM. (Mirando hacia el fondo.) Ya vienen allí los convidaos.
- DAN. Entonces, ca uno lo suyo. (Daniel se dirige hacia el ascensor y Nemesio vá, gorra en mano, á la puerta del fondo por la cual entrarán don Lucas, doña Concha, Pepita, Isabel, Luis, don Eduardo. Fernando y Carlos)

ESCENA II

JOSEFINA, DOÑA CONCHA, ISABEL, LUIS, DON LUCAS, DON EDUARDO, FERNANDO, NEMESIO, DANIEL y CARLOS

- CAR. (A Isabel.) ¡Vaya con el caprichito de la niña! Ea, á vestirnos de mineros y á almorzar debajo de tierra, ni más ni menos que los héroes de Julio Verne...
- ISABEL. Menos mal que el almuerzo será excelente.
- CAR. Faltaría que fuese malo.
- ISABEL. No murmuremos antes de almorzar. En tal caso después.
- EDU. Nada, nada, hay que resignarse. (A Fernando, por Josefina y Luis.) Estos dos locos pueden más que nosotros. No le soltamos. Prisionero de guerra.
- FERN. Prisionero y de muy buena voluntad mientras dure el almuerzo. Luego, ustedes á sus diversiones y yo á mi trabajo.
- LUCAS. Hombre, un día siquiera...
- FERN. Mejor que nadie sabe usted que me es imposible. A causa del paro han ocurrido en la mina graves desperfectos. No hablemos de la fundición. Hasta hace cuatro días no ha podido marchar, y eso, malamente.
- EDU. No dejaron un ladrillo sano.

- LUIS Tampoco á ellos les dejaron costilla entera. En paz.
- LUC. ¿En paz? Las costillas en el hospital se curaron, sin que que tuvieran ellos que rasarse el bolsillo. En cambio nosotros...
- FERN. No vale quejarse. Ustedes viven; algunos de ellos no.
- EDU. De ellos fué la culpa. Si no se hubieran resistido se hubieran ahorrado golpes, y á nosotros nos hubiesen ahorrado gastos.
- CON. Sobre todo los gastos. Las acciones están en baja.
- EDU. Eso es lo peor.
- LUC. Pronto subirán las acciones, no se preocupen ustedes. Los obreros entran por el aro y vuelven á trabajar todos: todos, menos los significados en la huelga. Esos muertos ó despedidos.
- EDU. Y ella...
- LUC. ¿Cesárea? Esa mujer que fué el alma de la huelga, despedida también. Así como pude echarla de la mina, pudiese arrojarla del pueblo. Menos mal que de esto los mineros han de encargarse. Ya murmuran de ella, recordando que les ofreció la independencia y les llevó á la muerte. Pronto la odiarán. Entonces le será preciso largarse.
- EDU. A ver. Estos predicadores llevan su merecido siempre: cuando no los matan los nuestros, les arrastran los suyos.
- JOS. (Que ha estado hablando aparte con Luis y coqueteando.) No obstante los obreros...
- LUIS Ya entrarán del todo en el carril. No son malos.
- JOS. ¿No? ¡Y por poco se lo comen á usted!
- ISABEL. ¡Yo tuve un susto cuando me lo contaron!
- CON. ¿Y yo? ¡Hijo de mi vida, entre las manos de esas fieras!
- LUIS Ea, ya pasó. No hay que ocuparse de ello. Ocupémonos del almuerzo y de que ustedes se pongan impermeables, sombreros... (A Nemesio.) ¿Estamos, Nemesio?
- NEM. Sí, señor; tó está listo allá en el cuarto. (La izquierda.)

LUIS (A Daniel.) Vé preparando los candiles. (Todos menos Daniel y Fernando entran en la habitación de la izquierda. Daniel se pone á encender algunos candiles de los que hay colgados en la pared. Fernando cuelga su sombrero en un clavo y coge otro de minero.)

ESCENA III.

DANIEL y FERNANDO

DAN. ¿De mó que no sube usted con ellos, don Fernando?

FERN. No; estaré allá abajo hasta la noche. Hay mucha tarea y necesito vigilarla. En esto de los revestimientos os descuidais los mineros mucho. Así ocurren después las desgracias.

DAN. ¡Desgracias!...

FERN. ¡Pobre Daniell... No son pocas las tuyas.

DAN. Sí lo son. Los hijos muertos; la hija... viva, y estos remos inútiles. En fin, paciencia.

FERN. Sí la tienes.

DAN. ¡Qué remedio! Teniendo paciencia pasa el tiempo y el tiempo arregla toas las cosas. ¿Conque se quea usted en la mina después de almorzar?

FERN. Ya lo oíste. Cuando suba lo haré en el ascensor de los obreros. De modo que si tu pregunta era por la tardanza y por tenerme que esperar...

DAN. ¿A qué mentir? Era por eso, sí señor. Es tan aburrió estar solo...

FERN. Pues nada, cuando sea tu hora te marchas. Por lo que toca á mí, libre quedas.

DAN. Muchas gracias. Usted es bueno siempre.

FERN. (Jovialmente.) Hombre, ¡tanto como siempre! algunas veces, y es bastante para un hombre de carne y hueso.

DAN. Lleva usted razón. Ya están aviaos los candiles. Aquí tiene usted el suyo. (Presentando un candil á don Fernando, que lo coge á usanza minera, con la mano izquierda, y sosteniéndolo por el gancho únicamente en el dedo meñique. Breve pausa.)

- FERN. Gracias. ¡Pobre Pablo! Era un excelente muchacho, un mozo de valer.
- DAN. ¡Y el otro! Si usted lo hubiese visto con su uniforme y con sus galones y con sus bigotazos.... ¡Daba gozo mirarle! Ya ná. ¡Ná! Tó se arremató. Lo que le decía antes, paciencia. (Sale Nemesio del cuarto de la izquierda.)
- NEM. ¿Daniel?... Ascensor.
- DAN. Al momento. (Daniel abre la barandilla del ascensor, mientras salen del cuarto de la izquierda, ya dispuestos para bajar á la mina los que entraron en él. Nemesio coge candiles y los reparte entre algunos caballeros y señoras, que los manejan torpemente.)

ESCENA IV

JOSEFINA, DOÑA CONCHA, ISABEL, DANIEL, LUIS, FERNANDO,
DON LUCAS, DON EDUARDO, NEMESIO y CARLOS.

- ISABEL Pero, ¡qué fachas hacemos, Santo Dios!
- LUIS No hay más remedio. En la mina, como en la mina. Aquí tiene usted su candil. (Entre-gándose.)
- ISABEL (Cogiéndolo torpemente.) Y esto, cómo es, ¿así?
- JOS. No, mujer, qué torpe eres. ¿No te acuerdas de la otra vez? Con el dedo meñique.
- LUIS (A Josefina.) Venga esa mano. (A los Caballeros.) Ustedes á cumplir con las damas. (Todos se dirigen al ascensor.)
- EDU. ¡Este Luis! ¡Este Luis!
- CON. Es así desde muchacho. Un calaverilla.
- LUC. (Entrando en el ascensor.) Algo estrechos vamos á estar en el ascensor, pero, ¡qué demonio! el viaje no es largo.
- CON. No digas estrechos, pegaditos. (Van entrando en el ascensor.)
- LUIS Entonces voy á ponerme junto á usted.
- JOS. (Riendo.) Guasa viva.
- NEM. Avisa.
- DAN. (Oprimiendo el botón simulado del timbre.) Ya está.
- JOS. (Dentro.) ¡Enjaulados! ¡Enjaulados! Bien es

cierto que para locos como nosotros una jaula es la más propia habitación. (Han entrado todos menos Nemesio y Daniel. La puerta del ascensor se ha cerrado.)

LUIS Suelta ya, Daniel. (Daniel lo hace y el ascensor empieza á bajar lentamente.)

EDU. ¡Despacito! (Dentro.)

LUIS Y despídanse ustedes del mundo. (Idem.)

DAN. (A Nemesio.) ¡Vaya un dicho! (El ascensor ha desaparecido. Una oscilación de cable indicará su marcha.)

ESCENA V

DANIEL y NEMESIO

NEM. No está demás. Ya sabes el refrán minero. Bajar á la mina es andar del brazo con la muerte. Sólo que con ellos no reza. Tòs tan seguros como ellos.

DAN. A ver. El cable es nuevo y está firme. (Señalando el hueco.) Miá, miá qué suavemente se va deslizando el ascensor. Paece que vuela poco á poco, pardalocheando como los aguiluchos. Cá vez se hace más pequeño. Cá vez se oyen menos las voces y las risas... Ya se perdió en lo negro del pozo. Se lo ha tragao la sombra. (Mirando el cable.) Poco les falta pa llegar. El mismo cable avisa. Ya llegaron. (Suena el timbre en la plataforma.) Fondo. Listo hasta el otro viaje. (Deteniendo el ascensor.) Echa un cigarro, hombre. (Nemesio saca la petaca y se la da á Daniel, que lla un cigarrillo.)

NEM. Toma. (Viendo la calma de Daniel.) Y despacha pronto. Tengo que ir á la fundición y son muy cerca de las doce. (Sacando un reloj.) Esto de vegilar es lo más pesao.

DAN. Ahí te va la petaca. Muchas gracias, hombre. (Devolviendo la petaca á Nemesio.)

NEM. Hasta luego, Daniel.

DAN. (Mientras enciende el cigarro.) Anda con Dios, Nemesio. (Sale Nemesio por la izquierda y Danicida tres ó cuatro chupadas lentas al cigarro)

ESCENA VI

DANIEL, en seguida CESÁREA

- DAN. Que mal tabaco fuma este capataz. (Aparece Cesárea en la puerta del fondo; vestirá de luto. Daniel la ve.) ¿Eres tú? Creí que era una otra persona. Entra, mujer, entra, tú no estorbas.
- CES. (Avanzando.) Daniel...
- DAN. Desde entonces es la vez primera que nos vemos. ¡Ni que te escondieses de mí! ¿Tenías miedo de encontrarte conmigo?
- CES. ¿Miedo? Quien procede mal teme. No he procedido mal en nada ni con nadie.
- DAN. ¿Con nadie?... No dicen eso los mineros.
- CES. ¿No?
- DAN. Dicen que entre tú y mi hijo, Pablo, el que mataron, les habéis engañao; que les ofrecisteis el desquite y que el desquite aún está por tomar. Al otro le perdonan, claro está, como que no vive. A los muertos debe perdonárselos. A los vivos no. Por eso no te perdonan los mineros á ti. *
- CES. ¡Pobres! ¿Qué saben ellos? Sienten el mal y echan la culpa al más cercano. Ahora el más cercano soy yo.
- DAN. Sigo sin entenderte. Me ocurre lo que á los mineros. Allá tú.
- CES. Allá yo, dices bien. No guardo rencor á los mineros porque me desprecien y me odien. Están aplanados por el golpe que acaban de sufrir. Ya despertarán por la justicia.
- DAN. Hay algo mejor que la justicia. Esa pa triunfar, tú mesma lo dices, tarda mucho. Hay algo mejor que la justicia; siquiera porque tarda menos, es mejor.
- CES. (Sorprendida.) ¿Qué quieres decir?
- DAN. Yo me entiendo. Cá uno con su idea. Los obreros te odian y te desprecian. ¿Tú dices que no tiés pa ellos rencor?
- CES. No. Ni siento rencor ni estoy arrepentida. Ya ves, aquí, muy cerca de aquí, cayó Pa-

blo; el único hombre á quien podía querer ya esta mujer. Pues si Pablo resucitara y si por la redención de todos tuviese que morir otra vez, no vacilaría en decirle: muere.

DAN.

¡Cesárea!

CES.

Vacilar. No vacilaba antes del crimen. ¿Como iba á vacilar después? Mayor es mi ansia de desquite. ¡Ay, si los obreros de esta mina y de las otras minas hubiesen querido! No quisieron, no quieren; no pueden querer. La matanza les acobardó. De ahí que nada intente. De ahí que me aleje de estos sitios. ¿Crees que lo hago por temor? ¿Supusiste que me escondía por no verte? Te engañas. Prueba de ello es que vengo en tu busca, exponiéndome á que me echen á palos.

DAN.

¿Buscarme? ¿Pa qué?

CES.

Para decirte adiós.

DAN.

¡Ah!... ¿Te vas?

CES.

Me echan. Me echan la mala voluntad de los obreros y el odio de los amos. Los obreros maldicen de mí. Los amos me niegan el jornal. Hay que ganar la vida. Hay que seguir luchando y me voy. Aquí nada se puede hacer.

DAN.

¿Crees que no quea na qué hacer aqui?

CES.

Al presente no.

DAN.

Yo creo lo contrario y me queo.

CES.

¿Tú? (Sorprendida.)

DAN.

Yo. ¿Imaginas que estoy sirviendo á los que mataron á mis dos hijos, al que disfruté y barrió á mi Anita, por ganarme un mendrugo de pan? Vaya, mujer, entonces eres tonta. No has mirao hondo pa aquí dentro. No conoces á este hombre.

CES.

¿Qué?

DAN.

Me oyes así como espantá. Claro, como no hago discursos, como siempre obedecí al amo, tú te habrás pensao: «Este hombre es un guiñapo; este hombre no sirve mas que pa bajar la caeza y lamer las manos que le dañan.» Pues no. Este hombre cuando le hacen un mal, no lo olví; este hombre,

cuando le hieren, hiere. Ahí tiés pa lo que me he queao.

CES.

¿Tú?

DAN.

Un día me dijiste que mi mujer y mi pequeño habían muerto de hambre sin que yo los vengara. Yo te respondí: «Porque la hambre no tié fegura de presona.» Hoy es otra cosa. Hoy los culpables llevan fegura presona, y yo sé quiénes son. ¡Jel! ¡jel! ¿Qué pensabas? ¿Qué iba á hacer lo que tú? ¿A dirme como tú? No, mujer, no. Yo soy de otra pasta; me queo.

CES.

¿Eres tú, tú, Daniel, quien habla de ese modo?

DAN.

Yo; yo mesmo. Yo soy quien habla así; yo, Daniel, el desdichao, el que siempre bajó la caeza ante el amo. Yo, Cesárea, soy el que está hablando de este mó.

CES.

¡Quedarte! ¿No piensas como yo?

DAN.

No sé lo que pienso. Sólo sé lo que voy á hacer. No busques en mí al Daniel de antes. Soy otro. He cambiao tal que si me hubiesen puesto un hombre nuevo. ¡Y decir que este cambio fué en un día, sólo en un día! Bien es verdá que en un día perdí tó lo que tenía que perder.

CES.

Vamos, valor, Daniel. Hay que tener valor.

DAN.

Sí; tó fué en un día. Primero mi horno destrozao; después el señorito Luis gritando ¡fuego! y los soldaos tirando y los obreros tirando á la par y Pablo de un lao y Pedro de otro, en tierra, echando por sus herías sangre, mucha sangre... Muertos, muertos los dos y yo arrodillao junto á los dos, mientras tú me gritabas que mi hija era quería de don Luis. Tó en una hora. Ya, ya fueron golpes.

CES.

¡Cuánta infamia!

DAN.

Por eso caí al suelo, porque los golpes fueron muchos; por eso me llevaron al hespital. Y miá tú qué cosa más rara. En mi calentura veía el horno roto y los hijos muertos y la hija á las voluntaes de don Luis. Y cuando salí del hespital seguí viendo lo

propio; y cuando me dieron la limosna del ascensor, lo ví claro, como si estuviera pasando entonces; y ahora lo veo claro, muy claro, más claro que nunca: hasta me paice que oigo los tiros de la tropa y los besos del señorito. Lo veo; y los muertos, ¡muertos! y la perdía, perdía: y yo aquí, aquí, sólo pa en jamás y con estos remos inútiles!... ¿Y creías que iba á aguantarme? Vaya, mujer, que no.

CES. ¿Qué tratas de hacer? ¿Qué es lo que te propones? (Suena dentro una campana llamando al trabajo.)

DAN. La campana que llama á los trabajaores. Es la hora de cambiar el turno. Hay que esperar. No te despidas entoavía de mí. (Sale por la derecha un grupo de trabajadores y entra por el fondo otro á cuyo frente irán Irene y Pacorro.)

ESCENA VIII

DICHOS, IRENE, OBRERAS 1.^a y 2.^a, PACORRO, OBRERAS y OBREROS.—Los Obreros que aparentan salir de los pozos y de los talleres, llevarán candiles, en la mano unos y otros irán sucios, renegridos. Los que salen por el fondo irán cogiendo candiles de las paredes y desapareciendo, excepción de Pacorro é Irene. Los Obreros que salen del trabajo se retiran por el fondo y los que vieuen á él por la derecha

PAC. Buenos días, Daniel.

DAN. Buenos los tengamos, Pacorro. ¿Al trabajo?

PAC. Nos toca en la segunda tanda.

CES. Hola, Irene. ¿A trabajar?

IRENE Con éste. (Por Pacorro.) Y si á éste le hubiese tocao morir aquel día, acaso me hubiera ido con él al cementerio.

CES. Yo me quedé, Irene.

IRENE Quizás porque tiés menos alma que yo.

CES. O porque tengo más.

PAC. (A Irene.) ¡Bah, chica, no disputes; déjala! (Irene se aparta de Cesárea.)

OBR.^a 1.^a (A Irene.) Eso, déjala y que se largue pronto. Aquí ya no quean tontos que embaucar.

- OBR.^a 2.^a Ni novios que llevar á la muerte. (Cesárea las oye sonriendo con melancolía bondadosa.)
- DAN. (Bajo á Cesárea por los Obreros.) ¿Oyes?
- CES. (Mientras van saliendo.) Sí, oigo. Les oigo y más cariño siento hacia ellos. Es preciso luchar siempre, ¡siempre! para que tanta miseria y tanto abandono, y tanta servidumbre dejen de existir. (Acaban de salir los obreros todos.)
- DAN. No sé si la miseria y el abandono de éstos dejarán de existir algún día. Lo que te aseguro es que los causantes de mi desgracia dejan de existir hoy.
- CES. ¿Cómo?...
- DAN. Como lo oyes. Yo no pierdo mi tiempo. No hablo. Hago.

ESCENA IX

CESÁREA y DANIEL

- CES. ¿Hacer qué? Dilo.
- DAN. Ven. Mía. Abajo está el pozo. Doscientos veinte metros. Por ahí el ascensor sube y baja. Ahí (dentro) está el tambor dentado ande se enrolla el cable, y aquí (por la rueda ó manubrio) el tornillo también dentado que engrana con el tambor éste y regula la marcha. Si el tornillo sacara sus dientes de los del tambor, éste daría vueltas como un loco, y cable y ascensor caerían de golpe, ¿verdad?
- CES. Sí.
- DAN. Hoy vas á ver eso.
- CES. ¿Qué?
- DAN. Lo que oyes. Abajo, almorzando cosas buenas y bebiendo vinos mejores, están los causantes de mi desgracia. Abajo están y van á subir. Yo les espero en la boca del pozo. A la boca llegan, pero salir... Lo que es salir, no salen. (Abre la barandilla.)
- CES. ¡Daniell!
- DAN. Tendrían que devolverme esta pierna y éste brazo inútiles; tendrían que devolverme mi horno; tendrían que devolverme á mis hijos

vivos y á mi hija honrá. Tendrían que hacer eso, no puén, y como no puén, no van á poder salir tampoco... (Movimiento de interrupción en Cesárea.) Si hubiesen matao á los hijos de los demás y disfrutao á las hijas de los demás y roto los hornos de los demás, yo como si tal cosa. Pero lo mío es mío y me lo robaron. A los ladrones se les mata. (Suena el timbre que hay junto al ascensor dando tres repiques.) Lllaman. Ellos son. Tres repiques se dan solamente pa el amo. (Otro toque.) Ya entraron. Arriba el ascensor. (A Cesárea.) Si quies irte, vete.

CES.

¡Suben!...

DAN.

Pa mí que lo que voy á hacer es justo. Tú que tanto querías á Pablo, ¿no lo crees tamién? Si no lo crees, vete. ¿Qué? ¿Te vas?

CES.

Me quedo. (La actriz interpretará este momento.)

DAN.

Vamos, no te vas. Mira, mira entonces, Cesárea. (Cesárea mira hacia abajo, se oyen risas y voces que van aumentando.)

JCS.

(Abajo riendo.) ¡Qué bonito efecto el de la luz tras la obscuridad!

LUIS

(Abajo.) Parece que vamos á la gloria. (Asoma la caperuza del ascensor.)

DAN.

¡A la gloria! (Separa el tornillo; el ascensor desaparece y se oye un grito ahogado.) No. ¡Abajo! ¡A la minal! ¡Al infierno! (Cesárea retrocede. Daniel se inclina sobre el fondo del pozo con el oído atento y volviéndose hacia Cesárea con la entonación y el gesto que el actor considere más conveniente á la situación.) Fondo. (Telón.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE JOAQUIN DICENTA

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.

La mejor ley, drama en tres actos y en verso.

Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.

Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso,

Luciano, drama en tres actos y en prosa.

El Duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.

Juan José, drama en tres actos y en prosa.

El señor Feudal, drama en tres actos y en prosa.

Curro Vargas, drama lírico en tres actos y en verso (1).

La cortijera, drama lírico en tres actos y en verso (1)

El tío Gervasio, monólogo en un acto y en prosa.

Raimundo Lulio, ópera en tres actos y un epílogo.

Aurora, drama en tres actos y en prosa.

De tren á tren, comedia en un acto y en prosa.

El Místico, drama en cuatro actos y en prosa, traducido del catalán.

¡Pa mí que nieva! modismo en dos cuadros y en prosa.

Juan Francisco, drama lírico en tres actos y en verso.

La conversion de Mañara, comedia en tres actos y seis cuadros y en verso.

El vals de las sombras, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.

Amor de artistas, comedia en cuatro actos y en prosa.

Daniel, drama en cuatro actos y en prosa.

Spoliarium, novelas cortas.

Tinta negra, artículos y cuentos.

(1) En colaboración con Manuel Paso.



Precio: DOS pesetas